



VIVIAN BRACHE

SERIE BIOGRAFÍAS

MEDALLA AL MÉRITO DE
LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER



DE LA MUJER DOMINICANA 2021

MEDALLA AL MÉRITO DE LA MUJER DOMINICANA

Cada año, el 8 de Marzo, engalana la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, reconocimiento creado mediante el Decreto No. 3013 en el 1985, para reconocer el trabajo y la valía de mujeres que, con su trayectoria y aportes, reafirman históricamente que han sido siempre grandes conquistadoras y luchadoras en todos los ámbitos, superando y cerrando las brechas sociales, económicas y políticas.

A través de este reconocimiento, año tras año, se ven los aportes de las mujeres en cada postulación recibida, en cada candidatura que muestra con vastas evidencias, la capacidad de las mujeres en todo lo que se proponen, el tiempo que invierten y los frutos obtenidos a pesar de las limitaciones y dificultades.

Para el Ministerio de la Mujer este galardón es un orgullo, es motivo de alegría, y un acto de justicia reconocer junto al Poder Ejecutivo a esas grandes mujeres dominicanas, que con su trabajo no solo contribuyen al desarrollo humano, sino también dejan en alto, dentro y fuera del país, a la República Dominicana.

En su entrega número 36, catorce mujeres destacadas en las categorías de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, Municipalista, Emprendedurismo e Innovación, Inclusión e Igualdad, Deporte, Labor Comunitaria, Empresaria destacada en el extranjero, Política, Salud, Laboral y Póstuma, recibieron este importante reconocimiento mediante el Decreto del Poder Ejecutivo No. 143-21.

MARGARITA CORDERO

VIVIAN
BRACHE BONILLA

SERIE BIOGRAFÍAS MEDALLA AL MÉRITO
DE LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER

Santo Domingo, República Dominicana
2022

Ministerio de la Mujer

Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana

Biografía Vivian Brache Bonilla
Medalla al Mérito a la Mujer Dominicana 2021,
Categoría: Ciencia y Tecnología

Autora: periodista Margarita Cordero
Revisión de estilo: Aimara Vera
Cuidado de edición: Carolina Acuña
Diseño y diagramación: Dirección de Comunicaciones
Impresión: Servicios Gráficos Tito
ISBN: 978-9945-9342-1-2

©Ministerio de la Mujer, 2021
Av. México Esq. 30 de Marzo, Bloque D, segundo piso,
Santo Domingo, D. N., República Dominicana
Teléfono: (809)685.3755
E-mail: info@mujer.gob.do
www.mujer.gob.do

Agradecimientos

Al recibir con regocijo la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana en la categoría de Ciencia y Tecnología 2021, agradezco esta biografía a las personas que me guiaron por el camino de la investigación y las que han estado a mi lado, apoyándome, en esta trayectoria de toda una vida:

A mis mentores: el Dr. Frank Álvarez y el Dr. Aníbal Faundes que me introdujeron en el mundo apasionante de la investigación, creyeron en mí, me formaron y me guiaron durante tantos años! ¡Cuánto les agradezco y los quiero!

A mi institución, Profamilia, y su directora ejecutiva, Magaly Caram, que siempre han apoyado la investigación y celebran con orgullo, ¡nuestros logros!

A mi equipo de investigaciones Biomédicas de Profamilia, mi otra familia que, con su dedicación y entrega, han hecho que nuestro centro, sea un centro de excelencia en Investigación en salud reproductiva. A nuestras voluntarias, que, con su participación en nuestros estudios clínicos, han contribuido al desarrollo de nuevas opciones anticonceptivas, seguras y eficaces, para todas las mujeres del mundo.

A mi adorada familia: mi esposo, Luis Mejía, mis hijos, Carmen y Josean, Luis Rafael y Gigi, Vicky y Luifer, mis nietas: Sofia, Cristina, Marianna, Gaby, Irene e Isabela... ¡que han llenado mi vida de amor, de alegría y orgullo! A mis padres que me dieron un hogar tan feliz, junto a mi querida hermana, donde aprendí los valores fundamentales de la vida, entre ellos la importancia de la familia, del diálogo y el respeto a las opiniones y creencias de los demás. Y al Ministerio de la Mujer por este reconocimiento a lo que ha sido mi trayectoria profesional.

¡Gracias... el tenerles, le ha dado una riqueza, plenitud y felicidad indescriptible a mi vida!

Vivian Brache

Índice

Capítulo I	Dos abuelos, el exilio y un destino	15
Capítulo II	Una vida venturosa	23
Capítulo III	La ciencia como norte	37
Capítulo IV	Del conocimiento y la vida	45
Capítulo V	Mentor y amigo	51
Capítulo VI	Cómplices en la aventura	57
Capítulo VII	La vida como lazo	65
Capítulo VIII	Amor a toda prueba	73
Capítulo IX	La hermanita y el ángel	83
Capítulo X	Un mundo que cambia	95

Presentación

Con estas publicaciones, el Ministerio de la Mujer inicia la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, con la finalidad de crear un acervo bibliográfico sobre mujeres galardonadas cada 8 de marzo, por su destacada participación en el ámbito económico político y social del país.

Cada una de las biografiadas representa una forma distinta de construirse mujer. Son distintos sus orígenes y distintos los derroteros de sus vidas. Empero, todas tienen en común haber enfrentado con decisión y valentía los obstáculos que la cultura patriarcal opuso a la conquista de sus sueños. Todas ganaron para ellas el espacio desde el cual han afirmado su valor social y de género.

Gracias al esfuerzo de incontables teóricas feministas a lo largo de las últimas seis décadas, a la historiografía masculinizada le resulta hoy imposible hablar de historia omitiendo a las mujeres. Un logro, sin duda alguna, sobre el intencionado ocultamiento de la contribución femenina a la lucha de los pueblos por la justicia.

Pero este logro debe ser complementado con la historia de las mujeres, es decir, como afirma Ana Linda García Peña, con la explicación de los cambios en las relaciones de poder que perpetúan la desigualdad, la dominación masculina y la subordinación femenina.

En nuestro país, donde la historiografía sigue siendo desigual con las mujeres, el inicio de esta colección también busca reivindicar el valor personal de las biografiadas y sus logros sociales como dinamismo y a la vez consecuencia de la lucha de todas mujeres contra la discriminación y la exclusión.

El inicio de la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana reafirma el compromiso del Ministerio de la Mujer con un mundo en el que las mujeres, libres del lastre de las desigualdades, puedan desplegar las alas de la creatividad y mirar el futuro con optimismo.

Mayra Jiménez
Ministra de la Mujer

36^º ENTREGA
MEDALLA AL
mérito
DE LA MUJER DOMINICANA
2021





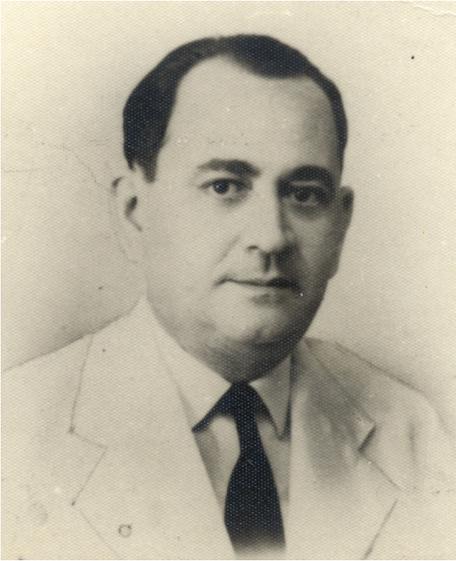
El presidente constitucional de la República imponiendo la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, en la categoría de Ciencia y Tecnología, a Vivian Brache.



Capítulo I:

*Dos abuelos, el exilio
y un destino*

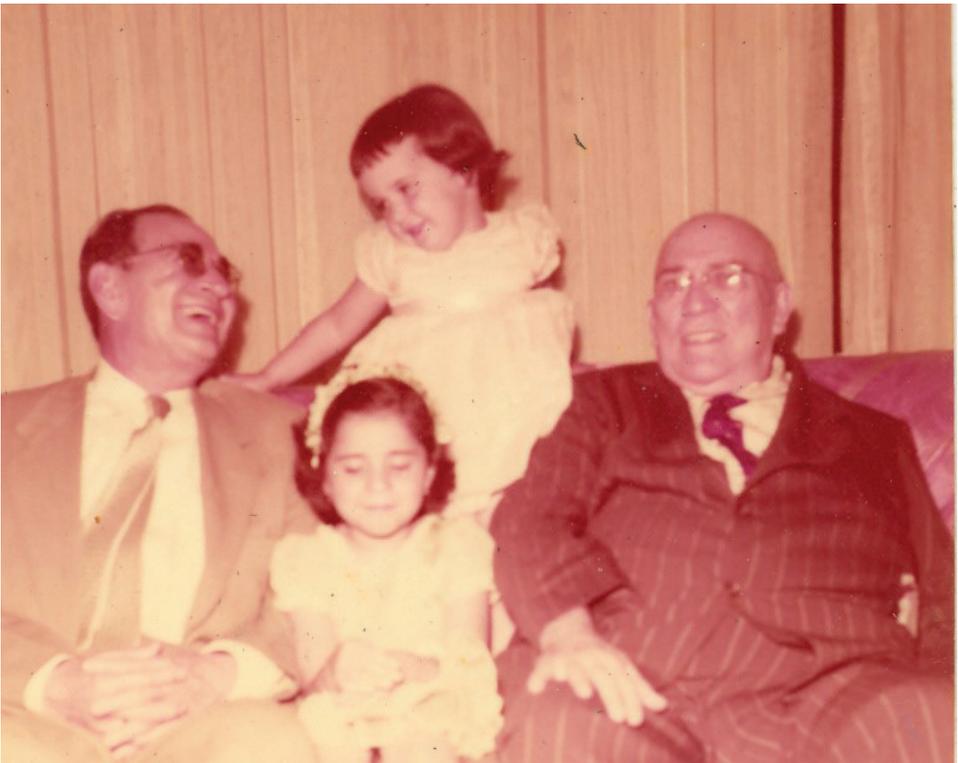
Vivian Brache Bonilla



José Antonio Bonilla, abuelo materno



Rafael Brache, abuelo paterno



Con sus abuelos, yo parada y mi hermana

I. Dos abuelos, el exilio y un destino

Eran tiempos grises. Apenas habían transcurrido cinco años desde que Rafael Trujillo, un ambicioso teniente coronel del Ejército creado por los ocupantes norteamericanos de 1916 se había hecho con el poder, cuando Rafael Brache Ramírez decidió romper sus cercanos vínculos con el régimen que se prolongaría durante tres décadas mediante el terror y la implacable persecución de sus opositores.

Como la mayoría de los intelectuales y miembros de la élite social y económica criolla, que renegaba de una sociedad librada a los efectos perturbadores del caciquismo y la montonera, Brache Ramírez aplaudió entusiasmado la promesa de orden encarnada en Trujillo y adherirá su causa. En 1930, con el régimen recién estrenado, es designado embajador en Washington; un año después, es trasladado a Inglaterra, de donde regresa en 1933 para ser enviado nuevamente a la capital de los Estados Unidos en 1934, ocupando en el ínterin la Secretaría de Finanzas.

Brache Ramírez no era nuevo en las lides políticas. Nacido en Moca en 1888, a los veinticinco años fue electo diputado al Congreso Nacional, cargo del que renunció al año siguiente para ingresar al cuerpo diplomático. En 1924, con 36 años, volverá a ocupar su curul en representación de La Vega, provincia que eligió como lugar de residencia y a la que se sentía pertenecer. Hasta 1930, cuando se integra al gobierno presidido por Trujillo,

desempeñará diversas funciones públicas y algunas privadas, entre estas últimas la de director del periódico El Siglo, abiertamente partidario de la Coalición Patriótica de Ciudadanos, organización fundada por Francisco J. Peynado, en cuyas filas militaba.

En 1935, estando como embajador en Washington, circularon rumores de que Brache Ramírez mantenía contacto con personalidades del temprano exilio antitrujillista y el régimen le ordenó regresar, cosa que, precavido, no hizo. Decidió quedarse en suelo norteamericano junto a su esposa Dolores Bernard y sus hijos e hijas Rubén, Rafael, Hugh, Susana, Vivian, Olga, Guillermo, Gracita y George.

Mas si necesitaba un parteaguas que desterrara de su ánimo toda esperanza de regreso, lo encontró en la matanza de personas haitianas, rayanas y negros dominicanos ordenada por el régimen trujillista en 1937. Junto a un grupo de intelectuales en el exilio, condenará en documento público el crimen que dejó miles de cadáveres en la frontera y en algunos pueblos del Cibao. El 9 de noviembre de ese año, el Congreso Nacional votará una resolución declarándolo “dominicano indigno y traidor a la patria” junto a Juan Isidro Jimenes Grullón, José Manuel Jimenes y Buenaventura Sánchez. No habría vuelta atrás.

En la historia familiar que se teje alrededor de estos dos hombres, las abuelas también cuentan. Una, Dolores Gracia Bernard González, es la presencia tutelar de la infancia neoyorquina; la otra, Victoria Aybar Castellanos, que murió en plena juventud, cobraba vida en el imaginario de la ternura.

Nueva York será la ciudad donde Brache Ramírez establecerá su residencia. A esa ciudad llegará años después, también junto a su familia, otro desertor de las filas trujillistas: José Antonio Bonilla Atilés, quien fuera decano de la Facultad de Derecho y vicerrector de la Universidad de Santo Domingo, hoy Universidad Autónoma de Santo Domingo. Su pecado de leso trujillismo fue publicar en el periódico La Opinión un artículo en el

I. Dos abuelos, el exilio y un destino

que renegaba de la idea, sostenida por los acólitos del régimen, de que el dictador fuera insustituible. Antes había renunciado al Comité Patrocinador de la Asamblea de Profesionales para pedir la reelección de Trujillo para el período 1947- 1952. En el artículo en cuestión, Bonilla Atilas afirmaba no compartir “el criterio de que nuestro país cuente con un solo hombre, con el presidente Trujillo, para dirigir los destinos. Desgraciado el país que solo cuente con un hombre por grande que este sea”¹. La investigadora Naya Despradel Brache² habla de dos artículos, y no solo uno, que dejaban sentada la oposición de Bonilla Atilas a la prolongación de Trujillo en el poder mediante elecciones que, huelga decirlo, serían trucadas. “Si Trujillo muere, ¿los dominicanos tendrán que importar a algún hombre para presidente del país?”, preguntaba. La primera represalia del régimen fue destituirlo de la presidencia del Club Rotario. La segunda, que unos matones “desconocidos” lo esperaran a la salida del cine Rialto y le propinaran una paliza. Además del dolor provocado por los golpes, la experiencia le dejó a Bonilla Atilas el convencimiento de que, si quería salvar su vida, debía abandonar el país. Días después de la violenta advertencia, se asiló en la embajada de México. Iniciaba su tránsito hacia la oposición activa al régimen, llegando a ganar notoriedad en los círculos del exilio dominicano. A Nueva York viaja acompañado de Mercedes Carmen, José Antonio y Pedro Pablo, procreados con su primera esposa Victoria Aybar Castellanos, fallecida por una trombosis poscesárea, y de Froilán y Carmen Elisa, nacidos de su matrimonio con Dora Pérez.

En el país quedaba una familia estigmatizada por el antitrujillismo, situación que desazonaba los días de este hombre que conocía hasta dónde el régimen era capaz de llegar. En la web de la Biblioteca Nacional de Chile reposan dos cartas enviadas desde Nueva York por Bonilla Atilas a la poeta Gabriela Mistral. En la primera³, remitida a título personal en julio de 1946, recaba de Mistral el apoyo a la también poeta dominicana Carmen Natalia Martínez Bonilla, su sobrina, a quien define como “uno de los más eficaces

1 Paulino Ramos, A. (2018). Mecanismos de Trujillo para la represión política: La “Guardia Universitaria” controland y espiando a los estudiantes (12), periódico digital Acento, Santo Domingo. Recuperado de: <https://acento.com.do/politica/mecanismos-trujillo-la-represion-politica-la-guardia-universitaria-controlando-espiando-los-estudiantes-12-8633757.html>

2 Despradel Brache, N. (2017). Bonilla Atilas. Periódico El Caribe, Santo Domingo. Recuperado de <https://www.elcaribe.com.do/gente/cultura/jose-antonio-bonilla-atilas/>

3 [Carta] 1946 jul. 10, Nueva York, [EE. UU.] [a] Gabriela Mistral, Los Ángeles, Cal., [EE. UU.] [manuscrito] / J. Bonilla Atilas. [2] h.; 21 cm. Recuperado en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gov.cl/bnd/623/w3-article-139762.html>

dirigentes” del “movimiento clandestino de liberación contra la tiranía”. En la segunda⁴, de junio de 1947, y firmada junto a Augusto J. Alfonseca en papel timbrado de la Asociación Reivindicadora Dominicana del Exilio, de la cual eran secretario y presidente, respectivamente, vuelve a solicitarle su apoyo a Carmen Natalia y su familia, acosadas por la tiranía. “Estas personas, como muchas otras, se niegan resistentemente a ser cómplices de la dictadura o a permanecer indiferentes ante la triste y lamentable suerte del sufrido pueblo dominicano”.

Dirigirse a la poeta chilena, ganadora del Premio Nobel de Literatura en 1945, se explica por la posición crítica con el trujillismo asumida públicamente por ella. En una reunión sostenida en 1946 con el presidente norteamericano Harry Truman, le espetó: “Señor presidente, ¿no le parece una vergüenza que siga gobernando en la República Dominicana un dictador tan cruel y sanguinario como Trujillo?”⁵. En respuesta de agradecimiento, Carmen Natalia le escribe en mayo de 1946. En uno de los párrafos de la carta, la poeta dominicana afirma categórica: “Nuestro pueblo no se ha resignado nunca. Es una cruel mentira si lo dicen. No ha habido un solo día, en dieciséis años, exento de persecución, de crimen, de atropello, porque no ha habido un solo día en que alguien no se haya rebelado contra la opresión infame. Pero las rebeldías son encarceladas brutalmente o ahogadas en sangre, siempre bajo un velo encubridor que América no ha querido levantar, para contemplar la verdad aterradora. Nuestro pueblo no se ha resignado ni podrá resignarse jamás, señora. Por eso, voces como la suya, le incitan en su lucha, le clavan los flancos ya de suyo atormentados y le aprietan el haz de esperanzas que sube desde su entraña dolida”⁶.

*Nuestro pueblo no se ha resignado nunca. Es una
cruel mentira si lo dicen. No ha habido un solo día, en
dieciséis años, exento de persecución, de crimen,*

4 [Cartal 1947 jun. 18, República Dominicana [a] Gabriela Mistral, Los Angeles, California, [EE. UU.] [manuscrito]. Bonilla Atilas, Augusto J. Alfonseca. 1 h. ; 28 cm. + anexos ((5) p. ; 28-34 cm.). Recuperado en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-139766.html>

5 FIGUEROA, Lorena (2003). Tierra, indio, mujer: Pensamiento social de Gabriela Mistral, Biblioteca Virtual Mi de Cervantes. Recuperado en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/tierra-indio-mujer-pensamiento-socie-gabriela-mistral-0/html/ff1be9f4-82b1-11df-acc7-002185ce6064_40.html

6 [Carta] 1946 mayo 20, Santo Domingo, Rep. Dominicana (al Gabriela Mistral (manuscrito) / Carmen Natalia (Martínez Bonilla). [4] p.; 28 cm. Recuperado en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-139758.html>

I. Dos abuelos, el exilio y un destino

de atropello, porque no ha habido un solo día en que alguien no se haya rebelado contra la opresión infame.

Carmen Natalia Martínez Bonilla

Juancito Rodríguez, rico hacendado vegano que financió las frustradas invasiones de Cayo Confites y Luperón, y un ícono de la lucha antitrujillista en el exilio, designará a Bonilla Atilas su representante en México, cuyo gobierno se habría hecho de la vista gorda frente a la adquisición de los aviones que transportarían a los expedicionarios de Luperón y facilitado la presencia en territorio azteca de alrededor de cuarenta hombres apresados finalmente en las inmediaciones de la península de Yucatán. Ambos hechos fueron utilizados por Trujillo para acusar al presidente mexicano Miguel Alemán Valdés de connivencia con el intento de invasión de 1949 que, organizado por el exilio, se proponía derrocarlo⁷. También en esos menesteres, Bonilla Atilas visitó Guatemala. El presidente Juan José Arévalo había ofrecido ayuda generosa al exilio dominicano y secundado sus planes de derrocar la dictadura. En una carta fechada el 16 de septiembre de 1948, Bonilla Atilas le informa al mandatario guatemalteco de las supuestas gestiones de Trujillo para comprar en Brasil aviones y armamentos por valor de tres millones de dólares, de los que se sospecha serían utilizados en “operaciones internacionales”.

Desde el mismo año 1930, que marca el inicio de la dictadura, Nueva York se convirtió en centro neurálgico de la naciente oposición. Desplegando un temprano activismo en esa ciudad estuvieron Ángel Morales, compañero de boleta de Horacio Vásquez en las elecciones de 1930; Rafael Estrella Ureña, Juan Isidro Jimenes Grullón y el propio Rafael Brache Ramírez.

Hasta finales de los años cincuenta del pasado siglo, la migración dominicana a los Estados Unidos estaba compuesta mayoritariamente por una élite social. Personas de clase media alta o acomodada que pudieron hacer frente a la realidad extraña sin grandes sobresaltos, entre ellas las

7 POU, Francis. (2009). Movimientos conspirativos y el papel del exilio en la lucha antitrujillista. Revista Clío No. 177, Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, DN.

familias de estos dos notables exiliados. Asiduos de los mismos círculos, era casi inevitable que Hugh Brache Bernard y Mercedes Carmen Bonilla Aybar se encontraran. La ocasión fue una fiesta que mezclaba afinidad política y nostalgia del país al que los reunidos fantaseaban con volver. En 1948 el encuentro festivo se convirtió en compromiso para toda la vida cuando se aceptaron mutuamente como marido y mujer. Victoria y Vivian, las dos hijas procreadas por el matrimonio, anudarían los lazos de la pareja y le insuflará los ánimos necesarios para continuar adelante mientras esperaba el momento del regreso a una República Dominicana libre de un sistema político basado en el terror y el ahogo de las libertades.

A la caída de la dictadura en 1961, varios de los miembros de ambas familias harán maletas y cumplirán el sueño del retorno. Brache Ramírez, el abuelo paterno, morirá en junio de 1965, a los 77 años. Designado secretario de Relaciones Exteriores por el Consejo de Estado en 1962, Bonilla Atilas, el abuelo materno, continuará ejerciendo funciones diplomáticas hasta 1965, año en que, tras el estallido de la Guerra de Abril, votará en la Organización de Estados Americanos (OEA) a favor de la creación de la llamada Fuerza Interamericana de Paz. Morirá en 1988 a los 90 años.

En la historia familiar que se teje alrededor de estos dos hombres, las abuelas también cuentan. Una, Dolores Gracia Bernard González, es la presencia tutelar de la infancia neoyorquina; la otra, Victoria Aybar Castellanos, muerta en plena juventud, cobraba vida en el imaginario de la ternura.

Capítulo II:

Una vida venturosa

Vivian Brache Bonilla



Día de las Madres, con su mamá y la familia de su hermana



Su madre Mercedes Bonilla y su padre Hugh Brache



Con su mamá Mercedes Bonilla de Brache



Con su papá Hugh Brache

II. Una vida venturosa

Vivian Ivonne Brache Bonilla vino al mundo en pleno verano neoyorquino de 1953, hija de Hugh Brache Bernard y Mercedes Carmen Bonilla Aybar, hijos, a su vez, de Rafael Brache Ramírez y José Antonio Bonilla Atilas. El exilio de sus padres firmó su acta de nacimiento. Conocidas las vicisitudes de sus familias paterna y materna, podría pensarse que la infancia de Vivian fue infeliz. Nada más lejos de sus recuerdos y sus vivencias. En el apartamento de la calle Riverside Drive, donde pasó sus primeros seis años, el eco de las risas infantiles no se apagaba nunca. A la tropa de primos y primas se agregan otros niños, hijos de amigos o conocidos en la escuela, creando un ambiente donde la tristeza de los mayores no tenía cabida.

La argamasa de sus primeros años de su vida fue la armonía del hogar formado por Hugh y Mercedes Carmen, dos jóvenes de temperamentos muy distintos que, como encajan las piezas de un rompecabezas, unieron sus arrosos para dar a las hijas procreadas la mejor de las vidas posibles. “Ellos formaron una pareja muy hermosa que se quiso mucho; eran el uno para el otro”, dice Vivian.

“Mi papá fue siempre un hombre de mucha concertación, de diálogo. Ese espíritu conciliador lo llevó a ocupar algunos cargos de relevancia pública: presidente del hoy Consejo Nacional de la Empresa Privada, zmiembro de la Junta Monetaria, directivo de la Refinería de Petróleo y un exitoso empresario”.

De inteligencia “brillante”, era también un hombre muy disciplinado, con una gran voluntad de trabajo y una perseverancia a toda prueba. El éxito de su empresa panificadora Pan Pepín, levantada con gran esfuerzo, es un dato de primer orden para entender su temple. “Tenía mucha fortaleza como persona, era un hombre de principio, muy abierto a escuchar a los demás, pero determinado”. Vivian conjetura que la aptitud moderadora está ligada a su experiencia de combatiente en la Segunda Guerra Mundial. Vio frente a sus ojos los estragos de que es capaz el odio, y decidió enrumbar su vida personal por el camino opuesto.

Mi hermana y yo heredamos mucho de nuestro papá en el carácter, en el sentido de que es difícil que nos saquen de casillas, somos muy pacifistas. Tenemos de él su capacidad de escuchar y entender a la otra persona, de su estabilidad emocional que tanto ayuda en el trabajo, en las relaciones interpersonales.

La madre, por su parte, era más enérgica respecto al cumplimiento de la disciplina y la imposición de las reglas, pero también “una mujer que sabía disfrutar la vida con alegría”. La parte festiva de la personalidad de la madre provenía de su propia experiencia familiar. El abuelo Bonilla Atilas propició para su descendencia una cotidianidad hecha para satisfacer los afectos y el solaz. “Mamá trató de hacer eso con nosotras cuando vivíamos en Nueva York. Mis recuerdos de esa época son muy placenteros”.

La vitalidad de la madre le ganó un afectuoso sobrenombre: Caterpillar. Como el icónico tractor, era todo potencia y resistencia en los terrenos más difíciles. “Para ella nada era imposible”. “Pundonorosa y perfeccionista”, se aseguró de que sus hijas cumplieran con sus responsabilidades desde muy pequeñas. Parejamente, cultivó en ellas el gozo pleno de las pequeñas cosas. El vuelo de un pájaro, el tranquilo ir y venir de las olas, el color de los flamboyanes florecidos... La vida, en suma.

II. Una vida venturosa

A la llegada de los nietos era todavía la misma. Los años no habían logrado hacer mella en su espíritu. Cuando en el 2014 cumplió noventa años, sus nietos se encargaron de recordárselo: “Gueli querida, a través de los años, tú has sido para nosotros muchas cosas distintas, teniendo siempre un rol protagónico en cada etapa de nuestras vidas. En nuestra niñez, fuiste creadora de aventuras en Cambita, asesora y ejecutora de proyectos especiales del colegio, arregladora oficial de todo lo roto, sargenta militar de la disciplina y de los buenos modales... Y muy, pero muy especialmente, fuiste desarrolladora de nuestra imaginación y curiosidad a través de tu amor por la naturaleza y la cultura”.

De mi mamá saqué el lado gozón. Era a ella a quien le gustaban los paseos, cocinar, comer, apreciar lo bello de la naturaleza. A los noventa años, todavía le gustaba ir al malecón para contemplar las olas. Ha sido siempre una apasionada enamorada de la vida.

Antes de salir al exilio, Mercedes Carmen cursó cuatro años de la carrera de Derecho. Y quizá sea esa la única pena recóndita que guarde: no haber concluido los estudios universitarios, excepcionales en una sociedad en la que la mujer estaba relegada al oscuro rincón de la casa. La llegada a Nueva York en circunstancias tan poco halagüeñas la obligaron a buscar trabajo para contribuir con los gastos de la familia, empleándose como dependienta en una tienda. El matrimonio y las hijas que nacieron al poco tiempo de casada, definieron otro destino, el de madre y esposa, que ella asumió optimista. Cuando años después regresó finalmente a la República Dominicana, a su papel doméstico añadió con el mismo ímpetu el trabajo social. Voluntaria de diversas organizaciones, puso sus dotes de enseñante innata al servicio de los no videntes. Amante de la música clásica de las obras de los grandes maestros, y tomó numerosos cursos de apreciación musical con su muy querido maestro Julio Ravelo de la Fuente.

Vivian guarda imágenes muy vívidas de los veranos de su primera infancia. Animados por su madre, la trulla familiar acampaba en el norte neoyorquino, y ella se embriagaba de naturaleza. Su hermana y varias primas, algunas de su misma edad, convertían los días veraniegos en un ininterrumpido momento lúdico. Uno de sus tíos, particularmente ocurrente, agregaba dosis extra de emoción cuando las ataba con una cuerda para que, en fila india, recorrieran el bosque a las orillas de un lago cercano “sin perderse”, añadiendo a la agitación de la caminata el plus de su histrionismo. Aún hoy, cuando ve levantarse una casa de campaña, las imágenes de aquella época acuden en tropel para sacudirle el corazón. Madre ella misma, acostumbó a acampar con su hijo y sus hijas en una paradisíaca Punta Cana “cuando la playa era de nosotros, una playa virgen”.

Al padre terminó agobiándolo el incesante trajín de Nueva York, sus calles frenéticas por donde a toda ahora desfilaban apretadas y errabundas multitudes. Y se cansó del invierno que adelantaba en varias horas la oscuridad de la noche y se robaba la luz del sol, imprescindible para el sosiego del alma caribeña. Un tío de Mercedes Carmen le propondrá a Hugh mudarse a Caracas, para entonces un filón de oportunidades de negocios. Ciudad moderna, con amplísimas avenidas que cobijaban al paseante, ponía al alcance de la gente las bondades de una existencia apacible y los beneficios materiales de una economía efervescente. El segundo boom petrolero, originado en la demanda de los Aliados entre 1943 y 1944, elevará el nivel de vida de la población y modernizará la sociedad venezolana, imprimiéndole un dinamismo que se prolongará por décadas. Pero del mismo modo en que abundaba el petróleo, faltaba la democracia. Marcos Pérez Jiménez, que ascendió al poder en 1952 por medios fraudulentos e instauró una dictadura, intentó en 1957 dilatar su mandato utilizando las mismas artimañas que lo habían hecho presidente un quinquenio antes. La inestabilidad política fue el resultado de su intento; un golpe militar en enero de 1958, la panacea.

La nueva democracia liderada por Rómulo Betancourt, un pertinaz opositor a la dictadura de Trujillo, contagió al continente y reforzó la decisión de lucha de los exiliados dominicanos, a los que Venezuela les abrió las

puertas. A Caracas afluyeron decenas de ellos que encontraron en la patria de Bolívar estímulo y apoyo. La abierta acogida de reputados exilados y su propia historia de denuncias del régimen, fueron las causas determinantes del atentado contra la vida de Betancourt fraguado y ejecutado por esbirros trujillistas, a resultas del cual la Organización de Estados Americanos (OEA) impuso sanciones diplomáticas y económicas con la finalidad de aislar a la dictadura.

En ese ambiente de entusiasta agitación política, llegó a Caracas la familia Brache-Bonilla. Y allí se quedaría hasta que, en 1962, cuando Vivian contaba nueve años, sus padres decidieron regresar como lo habían hecho otros familiares. Evocar su vida hasta entonces no le resulta fácil. A diferencia de su madre, quien todavía conserva una “memoria fotográfica”, confiesa que los detalles se le escapan. Pero cuando mira retrospectivamente la cotidianidad de la niña que fue, la embarga la certeza de que su infancia floreció abonada por el amor que le prodigaban sus padres a ella y a su hermana Victoria.

*Tengo recuerdos maravillosos de mi infancia —
repite—. Fui una niña muy privilegiada por nacer en
una familia muy unida y amorosa.*

“En Nueva York tenía muchos primos y primas. Llevábamos una vida muy familiar, lo que me permite tener muy lindos recuerdos de esos años. En el edificio donde vivíamos, también lo hacían tres hermanos de mi papá. Además, a la casa de mi abuelo paterno le decíamos ‘la embajada dominicana’, porque cuanto dominicano visitaba Nueva York en esa época, paraba allá. La suya era una casa muy acogedora, de mucha unión y amor familiar. Lo recuerdo más a él que a mi abuelo materno, porque este no se quedó en Nueva York, sino que se trasladó a México. Siempre estuvo muy involucrado en política, por lo que solo iba a veces de visita. Pero la casa de mi abuelo paterno la recuerdo como un lugar muy agradable a donde íbamos todos”.

En Venezuela los familiares ya no eran tan numerosos. En las brumas de la memoria aparece la ciudad en la que podía sentir con mayor fuerza el peso de su cultura isleña, fomentada con ahínco cada día de su vida por unos padres que exhibieron siempre con orgullo su condición de dominicanos. Como niña, echó en falta la legión de primitas que la acompañaron durante sus primeros seis años. Tenía algunas en Caracas, pero la diferencia de edad no permitió la fluidez del intercambio entre iguales.

“De todas maneras, en Venezuela mi papá tenía la representación de piezas de automóviles y, también en verano, tuve la oportunidad de conocer bastante del país. Íbamos a diferentes pueblos y, esos sí, se han quedado en mi evocación. Me encantaba contemplar los Andes, esas montañas... Además, y esto lo pude apreciar después, cuando era más adulta, Venezuela fue muy hospitalaria, no solo con nosotros, sino con todos los exiliados antitrujillistas”.

Quizá porque tenía el amor como refugio, el regreso a Santo Domingo en 1962 no significó para ella problema ninguno. Nada tampoco le fue extraño en su nuevo ambiente porque desde siempre sus padres alimentaron su imaginario emocional con sus propias vivencias del país y con la decisión del retorno. Al pisar tierra dominicana, había llegado a su casa. Y aquí también la esperó la parte de la familia que no se fue al destierro. Primas y primos que la hicieron sentir en su elemento y que su pequeña vida era un continuo de gratificaciones.

“Ingresé al Colegio Santo Domingo, que en esa época era un colegio fuera de serie. Tenía una estructura preciosa: patio, gimnasio, laboratorio de Ciencias. Era muy avanzado para la época. Fueron unos años muy felices, durante los cuales hice amigas que todavía conservo. Ahora, con la tecnología y las plataformas de chats, nos comunicamos con frecuencia”.

Interrumpiría los estudios en el Santo Domingo durante un año. La Revolución de Abril y sus consecuencias decidieron a sus padres a enviarla de vuelta a los Estados Unidos. Destino: un colegio en Michigan regido por monjas dominicas. Un paréntesis que la ayudó a crecer como

II. Una vida venturosa

persona y a vivir experiencias inéditas, como la de viajar sola, y a ganar en independencia.

De vuelta al país, y terminado el bachillerato, ingresa en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña para estudiar Bioanálisis. Todavía adolescente, el campus la enfrentó a nuevos retos personales, entre ellos compartir aula por primera vez con estudiantes varones. Hasta entonces había cursado estudios en establecimientos con matrícula exclusivamente femenina. “Aunque no suene bien decirlo, no puedo afirmar que en mi vida ocurriera algún incidente negativo. Siempre fui buena estudiante. Le digo a mi madre que yo era nerda, pero ella lo niega. La verdad es que estudiaba mucho, pero también disfrutaba mucho. Creo que en mi adolescencia logré el equilibrio”.

Ese equilibrio se constituyó en norma de vida, al punto de que su trabajo, al que se ha dedicado durante 47 años, no ha mermado su ánimo siempre dispuesto a la fiesta. “Me gusta mucho la música, un trago... Nosotros disfrutamos mucho con nuestros hijos. Somos muy musicales. En música, me gusta todo. No voy a decir que soy de música clásica, que sí le gusta a mi mamá. Prefiero la popular. Tengo mucha influencia norteamericana, el rock, el pop... Y me encantan los merengues, las baladas. Aunque mis padres preferían la música clásica, también les placían los boleros... Agustín Lara, Pedro Infante. Esa música me sabe a domingo. Me recuerda las reuniones en casa de mi suegro, Juan Tomás Mejía Feliú, a quien también le encantaba escuchar a esos cantantes. En definitiva, en mi casa nunca ha faltado la música”.

Sus hijas y su hijo atestiguan esta pasión melómana que les ha traspasado como herencia. “El amor de ella por la música, que también comparte mi papá, nos lo transfirió a los tres”, dice Victoria, la más joven de su prole. “Donde estamos como familia nunca puede faltar la música. Donde lleguemos, así sea un sitio remoto, una finca donde mi papá monta caballo, está la música. Todos mis recuerdos tienen banda sonora. Me di cuenta hace poco que eso no es lo común, que el resto de la gente no vive con una banda sonora todo el tiempo. Yo sí”.

Vivian confiesa no tener muchas otras aficiones. Su trabajo, al que define como “apasionante”, la absorbe por completo. La impostergable actualización que le exige la investigación la pone todos los días frente a textos científicos, convertidos en su material de lectura prioritario y casi exclusivo. De ahí que sea inusual que lea géneros literarios, como la ficción. Cuando abre un hueco en su agenda cotidiana, y mientras escucha el disco de su elección, se adueña de la cocina, no solo porque se complace con la alquimia de los sazones, sino porque, para ella, cocinar es un acto de amor. Pocas cosas la desalientan tanto como sospechar que alguno de sus platos no satisface el paladar ajeno.

En el catálogo de las cosas que la agradan, incluye compartir con sus dos hijas, su hijo, sus yernos y su nuera, a los que quiere como a sus propios hijos y, desde luego, con sus nietas. No se considera una “mamá gallina” porque es respetuosa de las decisiones de sus hijas y su hijo, en cuyas vidas no se inmiscuye. “Nos divertimos juntos porque a todos nos gusta la música, el traguito... Todos los domingos nos reunimos de una a seis de la tarde”.

Lo admite complacida: la vida ha sido buena con ella brindándole más de lo que podía pedirle. Cuando lo dice, frente a sus ojos desfilan todas las personas a quienes la ata un indestructible vínculo que, cuando ha tocado, la muerte no ha logrado deshacer. Y en ese universo de afectos que dulcifican su expresión están sus suegros Juan Tomás Mejía Feliú y Virginia Pou, dos seres humanos cabales con quienes mantuvo una relación de cercanía que desbordó la alianza nacida de su matrimonio con Luis Mejía Pou. Más que suegros, fueron amigos de esos que ofrecen soporte en las malas y en las buenas. Y se entiende. La comunidad de intereses y gustos era diversa y conducía siempre a la fruición. “Los viernes casi siempre salíamos a cenar y, claro, los domingos nos íbamos a la casa de ellos, donde también iban los hermanos de Luis, todos con nuestros hijos. Los primos crecieron juntos”.

“Mi suegro tenía mucho sentido del humor y le encantaba molestarme con lo del feminismo. Vivía dándome ‘cuerda’ y yo de boba la cogía, hasta que aprendí que él gozaba viéndome defender mis posiciones. La verdad es que fui muy bendecida con esa relación. Mis hijos también los quisieron

muchísimo”.

Era una experiencia muy grata visitar la casa de mis anfitriones, conocer a su familia, probar su gastronomía, sabores nuevos; relacionarme con percepciones distintas a las mías.

Ella no ha sido una suegra diferente. Sus yernos y su nuera forman parte de su intimidad más entrañable, y se enorgullece de la sabiduría de Carmen, Vicky y Luis Rafael al escoger a sus respectivas parejas. Son las compañías ideales para transitar el no siempre amable camino de la vida. “Las tres parejas también se llevan muy bien entre ellas. Para Luis y para mí ha sido una dicha incluir en nuestra familia a José Antonio Prats (Josean), el esposo de Carmen; Giselle Fernández (Gigi), la esposa de Luis Rafael, y Luis Fernando Sanoja, el esposo de Vicky. Soy débil con ellos y siento que me corresponden. Pido mucho porque esas relaciones sigan floreciendo y puedan continuar con armonía y amor, como ha sido hasta ahora”.

Otras experiencias, esta vez vinculadas estrechamente a su trabajo, también han sido fuente de satisfacción y oportunidad de ampliar sus horizontes intelectuales y emocionales. En esa lista se inscriben los viajes. Miembro de equipos interdisciplinarios de investigación repartidos en varios países, le ha tocado ser asidua asistente a reuniones celebradas en todo el mundo, del que conoce una gran parte. Tenían estos viajes el ingrediente añadido del afecto y la solidaridad con colegas deseosos no solo de compartir los hallazgos de la investigación en curso, sino también de mostrar la parte más agradable de su realidad cultural y la belleza de sus respectivos paisajes.

“Mi esposo me acompañaba a todos esos viajes a sitios exóticos. Siempre le decía: ‘así no se vale’, porque terminaba conociendo la ciudad mucho mejor que yo. Por lo general, acabada la reunión, nos quedábamos dos o tres días más, y entonces él era mi guía en sitios que ya había conocido mientras yo me encontraba trabajando. Era muy grato visitar la casa de mi anfitrión, conocer su familia, probar su gastronomía, sabores nuevos;

relacionarme con percepciones distintas a las mías. Era como juntarme con amigos una vez al año en alguna parte. Cuando lo pienso, quizá sea esa una de las cosas más valiosas que me haya aportado este trabajo: haber entrado en contacto con realidades y culturas como las de Egipto, la India, Tailandia, Japón, China, Australia... Son pocos los países que me falta por conocer”.

La edad, pero sobre todo la covid-19, dice, han atenuado sus ímpetus viajeros. Ahora tiene dudas de si, cuando la vida vuelva a su antigua normalidad, si es que lo logra enteramente en el futuro inmediato, se decidiría por emprender nuevos viajes. “Hay que esperar a ver cómo vuelve el mundo a la normalidad, aunque soy de quienes piensan que nada será como antes. Por lo menos los viajes de trabajo disminuirán mucho porque lo cierto es que ir a una reunión de tres días en Los Ángeles cuando puedes hacerla a través de una plataforma virtual, no tiene ya mucho sentido. No digo que sea lo mismo, pero también está la ventaja de no tener que invertir tantos recursos. Desde luego, la interacción directa entre la gente no tiene precio, y esta era en gran parte uno de los atractivos de esos viajes: poder oír de viva voz lo que otra gente estaba haciendo”.

La virtualidad que facilita conferencias de un confín al otro del mundo sin que sus participantes se trasladen de sus lugares de residencia, es también la tecnología que está encerrando a la gente en su propio caparazón. Efecto negativo que inquieta la visión humanista del mundo que sustenta Vivian, quien se pregunta sobre todo por la calidad del futuro de unos niños y niñas que, tras el confinamiento a que obligó la pandemia, dependen ahora casi exclusivamente de los dispositivos electrónicos, tanto para los estudios como para el esparcimiento, cada vez más individualizado y solitario.

“Para el desarrollo emocional, psicológico y social de los niños y las niñas, esta dependencia de la tecnología es terrible. Todo lo controlan desde un dispositivo: no tienen que negociar, no tienen que compartir. Es algo preocupante. No es que no ocurriera antes, solo que la pandemia lo ha intensificado. Cada vez se socializa menos”.

Pero no solo las jóvenes generaciones han visto cambiar sus vidas

II. Una vida venturosa

durante un tiempo que vino de pronto, sin que nadie pudiera prefigurar su intensidad ni la desestructuración de la vida cotidiana que produciría. En agosto de 2021, con el mundo caminando hacia la pospandemia, persisten las dudas sobre el regreso a los antiguos modos de vivir y relacionarse con la gente. Frente a este poco estimulante panorama, Vivian se pregunta, no sin aprensión, si la humanidad volverá a desplegar la sociabilidad que caracterizó la vida en común antes del sacudón global de la enfermedad.



Foto familiar junto a mi papá, mi mamá y mi hermana

Vivian Brache Bonilla

Capítulo III:

La ciencia como norte

Vivian Brache Bonilla



Con el equipo de Investigación Biomédica de Profamilia



Con el equipo de Investigación Biomédica de Profamilia



Celebración de los 30 años del equipo de Investigación de Biomédica Profamilia

III. La ciencia como norte

Vivian Brache tenía veintiún años, y estaba realizando su pasantía en el Laboratorio Acra, cuando el doctor Dájer Acra, director del establecimiento, viendo su inteligencia y dedicación al estudio la puso en el camino de un proyecto de investigación al frente del cual estaban el doctor Frank Álvarez, reconocido ginecoobstetra dominicano, y Aníbal Faúndes, un médico chileno que debió exilarse cuando el general Augusto Pinochet, aliado a la derecha política, derrocó al gobierno del Frente Popular encabezado por Salvador Allende. Casi cinco décadas después de conocerlos, la investigadora dominicana habla de sus primeros mentores, con quienes no ha roto lazos, con verdadera admiración y respeto.

No es para menos. En el caso de Faúndes, a la excelente reputación de investigador que lo precedía, añadía una visión social de la medicina y un compromiso con la salud reproductiva de las mujeres que ya para entonces lo habían convertido en referencia internacional. Su llegada a la República Dominicana testimonia estas convicciones. Salvado por los pelos de caer en las garras de los golpistas asesinos, el médico ginecoobstetra se refugió transitoriamente en Argentina donde coordinó el programa Las Tres Naciones, de la Organización Mundial de la Salud. Muy poco después, recibió la tentadora oferta de establecerse en Ginebra y trabajar en la sede de la OMS, la que rechazó. En una entrevista reproducida en la web Rebelión en el 2015, Faúndes explica la razón de haber aceptado, en cambio, la propuesta de la organización Population Council de venir a trabajar en el país: “Mi mujer (Ellen Hardy †) y yo éramos pobres, pero

exigentes, no encontramos ninguna justificación para irnos a trabajar a un país desarrollado”. Opuestos a la fuga de cerebros, tenían en América Latina su único hábitat profesional deseable.

“Faúndes conocía al doctor Frank Álvarez, quien dirigía la clínica de Profamilia y era mi profesor. Le dije a Álvarez que desde antes de su salida de Chile participaba en un grupo del Comité Internacional de Investigación sobre Anticoncepción (ICCR por su sigla en inglés), formado por alrededor de siete médicos de diferentes países y dirigido por una persona en el Population Council con una visión muy abierta e inclusiva, y que le gustaría continuar ese trabajo en el país. Es entonces cuando me contratan a mí como ayudante de investigación”.

La relación profesional y de amistad nunca ha tenido pausas. Apenas pasa un día sin que Vivian se comunique con el consagrado médico que, todavía a sus noventa y un años, continúa inmerso en el trabajo a favor de métodos que faciliten a la mujer una salud sexual y reproductiva que apuntale sus conquistas en otros ámbitos sociales. Su involucramiento en los trabajos de investigación dirigidos por Faúndes fue también su entrada a Profamilia. Era entonces, lo recuerda con cariño, la jovencísima estudiante universitaria que realizaba su pasantía en los Laboratorios Dájer Acra, abiertos en el Centro Médico Nacional, donde el doctor Álvarez tenía su consultorio.

“En esa época habían comenzado a realizar un estudio sobre migración espermática para determinar hasta dónde los espermatozoides llegaban en la trompa, en el útero. Faúndes y Álvarez visitaron el laboratorio buscando orientación sobre quién podía hacer los conteos de las placas. Siempre me cuentan que en la conversación con Dájer Acra este les dijo ‘yo tengo la muchachita para ustedes’. La muchachita era yo. Hablaron conmigo y comencé a participar en el estudio. Nunca olvido la ocasión en que me llevaron un espermiograma para ver los espermatozoides. Pegada al microscopio, y con ellos a mis espaldas, buscaba y buscaba, pero no lograba enfocarlos. Me faltaba experiencia en este tipo de análisis. No obstante, continué buscando, aunque sin resultados. ¡No los encontraría

III. La ciencia como norte

nunca porque el donante era azoospermico, es decir, no producía espermatozoides!”.

Para entonces no recibía pago por su trabajo. Iba en las tardes a leer las placas, solo porque en ella bullía el interés por el trabajo de investigación y había tenido la suerte de que, apenas salida de las aulas y todavía sin graduarse, le ofrecieran la oportunidad que le marcó la vida. Su ambición era trabajar en un gran laboratorio, y el lugar que ocupaba Profamilia en el Hospital Dr. Francisco Moscoso Puello era apenas una pequeña y penumbrosa oficina. Así que antes de decidirse, consultó con Luis Rafael Mejía, quien poco después se convertiría en su esposo, y con toda su familia. No se arrepiente de haber aceptado la oferta: casi cinco décadas después de aquella decisión, se levanta todos los días con el mismo entusiasmo de sus años juveniles para ir a su trabajo.

La investigación inicial estuvo centrada en un implante anticonceptivo subdérmico, usado por primera vez en el país alrededor del año 1975, bajo una rigurosa supervisión, producto cuyo uso se prolonga hasta la actualidad. Una segunda investigación se trató de un dispositivo intrauterino y, luego, de un anillo anticonceptivo, igualmente evaluada por la Administración de Medicamentos y Alimentos de los Estados Unidos (FDA) con los mismos resultados aprobatorios de las conclusiones sobre su seguridad y eficacia en la prevención del embarazo.

A Faúndes le debo haber aprendido a escribir y a tener hoy unos ciento cuarenta y seis trabajos publicados en revistas internacionales reconocidas que, lo digo sin rubor, poca gente en el mundo tiene. A él y al doctor Álvarez agradezco mi formación.

“Los monitores de las instituciones internacionales con las que trabajábamos venían cada tres meses a revisar y verificar la calidad de los datos y los avances de la investigación. Dos de nuestros estudios fueron auditados también por representantes de la FDA.

Cuando comenzó su ya largo recorrido, las alusiones a la sexualidad femenina eran más un susurró que un tema tratado en voz alta. De ahí que las investigaciones en el campo de la anticoncepción cobraran una particular importancia. La aplicación de nuevas tecnologías abría campos cada vez más vastos y ampliaba un conocimiento que, al tiempo de asegurar a las mujeres el acceso a métodos anticonceptivos, derribaba tabúes implantados en el imaginario colectivo por una añeja cultura de tabúes y silencios.

“Si bien es cierto que la sexualidad femenina no era parte del discurso público, la práctica social era otra cosa. El aborto si ha sido siempre un tema tabú, pero la anticoncepción no era un problema cuando entré a Profamilia, una institución que ya tenía una clínica modelo trabajando. La anticoncepción tuvo mucha acogida desde temprano. Creo que fuimos una organización de vanguardia, y nunca sentí que la anticoncepción fuera problema. El aborto si ha sido siempre más conflictivo por su misma naturaleza, y lo entiendo. Pero la anticoncepción ha sido aceptada por todo el mundo. Ni siquiera la Iglesia se inmiscuye con eso. Por tanto, no puedo decir que notara alguna presión por la orientación de mi trabajo”.

Durante los cuarenta y siete años que lleva vinculada a Profamilia, la labor de investigación que dirige Vivian no ha cesado nunca. Las evidencias científicas sobre una amplia gama de métodos contraceptivos aportadas por la institución incluyen, además de los mencionados, la T de cobre 380A y el sistema intrauterino de levonorgestrel Mirena, muy usado por las jóvenes, paradójicamente por las mismas causas que, en sus inicios, despertó la desconfianza de las mujeres: la suspensión de la menstruación.

“Uno de los efectos secundarios de este dispositivo, que consiste en una T que en su brazo vertical tiene una cantidad mínima de levonorgestrel, una hormona que se usa también en las pastillas anticonceptivas es que produce muy poco o ningún sangrado menstrual. Cuando teníamos este anticonceptivo en estudio, la mayor tasa de discontinuación era consecuencia de la amenorrea. Hoy en día, su aceptación tiene que ver precisamente con ese efecto. Los prejuicios que le atribuían al método provocar acumulación de sangre o que las mujeres se amachorran, han ido cediendo con el

III. La ciencia como norte

tiempo. En las usuarias que asisten a la clínica, y que provienen de los sectores sociales medio y bajo, la amenorrea ya está siendo vista como algo positivo porque, la verdad sea dicha, la menstruación es una incomodidad”.

Vivian no solo ha dirigido estudios sobre anticonceptivos. Hace unos años participó en la fase inicial de una investigación sobre geles vaginales para la prevención del VIH que no pudo progresar porque la población participante, mayoritariamente mujeres de países africanos, donde el contagio era exponencial, priorizaban las prácticas sexuales que, de acuerdo con su cultura, resultaban más placenteras para el hombre y desertaban en la fase de ensayo. Prácticas insalubres, como el llamado sexo seco, que, por causar heridas vaginales, aumentaban considerablemente la probabilidad de que las mujeres contrajeran infecciones provocadas por el VIH, el contagio que la investigación quería evitar.

Su catálogo es amplio, y habla de él con verdadero entusiasmo porque, en definitiva, cada uno de sus hitos ha sido un paso de avance en el camino de las mujeres hacia el control de sus propios cuerpos. Algunos de los métodos estudiados y posteriormente utilizados en la Clínica Profamilia Dra. Evangelina Rodríguez, enclavada en la frontera entre los populosos barrios Luperón y Capotillo, han urticado la piel antiderechos de algunos sectores, como fue el caso de la “píldora de emergencia”.

Posiblemente haya sido este debate el más intenso de todos los provocados por las facilidades anticonceptivas, y no solo localmente, sino también en el extranjero. En muchos países se desplegó una campaña confusionista sobre este nuevo método que, a diferencia de los entonces en uso, no precedía, sino que seguía a la relación sexual. En la prensa se publicaron artículos atribuyendo a la píldora inducir el aborto, aun cuando los autores no mostraron ninguna preocupación por documentarse sobre cómo actuaba en el cuerpo de las mujeres. Profamilia, y ella como jefa de investigación de esta organización pionera, debieron consumir tiempo emocional e intelectual en contrarrestar la falsa información circulante produciendo material científico para desmontar lo que, de haber circulado en esta segunda década del siglo XXI, se considerarían fakes news hijas

de la proclividad conspiranoica.

“En este tipo de cosas, muchas veces el fanatismo puede más que la ciencia, lamentablemente. Lo vimos entonces, hace ya varias décadas, y continuamos viéndolo hoy. Sucedió con Trump en los Estados Unidos: la gente se alinea con un hombre en un partido y ya no tiene que ver con nada. Pero esa ha sido la historia de la humanidad. Digo siempre que le tengo terror a los fanáticos, lo sean de lo que sea. El fanatismo es malo, no te permite pensar, razonar. Lo tengo por experiencia; gente de la que te preguntas cómo es posible que pierdan todo sentido de la razón. La pandemia de la covid-19 es el ejemplo más claro”.

Capítulo IV:

*Del conocimiento
y la vida*

Vivian Brache Bonilla



Cuando comenzó a trabajar en Profamilia 1974



Clinica Profamilia 1985

IV. Del conocimiento y la vida

El reconocimiento de la comunidad científica nacional e internacional del que goza no ha encerrado a Vivian en un mundo aséptico y autorreferencial. A la cabeza de las investigaciones que han consolidado la solvencia institucional de Profamilia, ha asumido la importancia del papel de quienes sirven voluntarias al desarrollo de los estudios. Enfoque metodológico que humaniza un proceso, al tiempo que empodera a las mujeres mediante el conocimiento de su propio cuerpo.

Ella y su equipo entendieron que involucrar a las personas dimensionaba el trabajo científico y robustecía los resultados. De hecho, el éxito alcanzado por las investigaciones realizadas durante más de cincuenta años responde al tratamiento diferente dispensado a las mujeres que las convierte en sujetos. No fueron nunca conejillos de Indias, sino personas que, al dar, recibían, en un intercambio de una gran riqueza para todas las personas protagonistas.

La investigadora cita como ejemplo las fases en que era necesario hacer sonografías vaginales seriadas a las mujeres participantes para determinar su función ovárica. La decisión de Vivian y su equipo fue explicar a las mujeres cada uno de los hallazgos y sus porqués, y cómo contribuía que ellas se prestaran a colaborar con el estudio.

Muchas de estas mujeres nunca han sido valoradas en nada, lo notas. Tratarlas en un ambiente donde les

*explican las cosas, recalcándoles lo importante
del aporte que hacen, las ayuda a crecer.*

“Por circunstancias de la vida, terminamos trabajando con una población muy pobre, que no entendía algunas cosas. Por eso quisimos reforzar en las mujeres la importancia de lo que estaban haciendo en ese momento. En todas mis charlas lo recalco: si no fuera por las personas voluntarias, en este caso mujeres, la ciencia no avanzara”.

Repensando la experiencia, Vivian, que se enorgullece de los resultados de haber alentado la participación consciente de las involucradas, menciona la paradójica tristeza que al mismo tiempo le provoca ver el entusiasmo con el que las mujeres, una gran parte en pobreza extrema, se adueñan de la información suministrada y del trato que reciben: por primera vez en sus vidas se sienten apreciadas, tomadas en cuenta, miradas por ojos que las dignifican.

*Aquí no se discrimina a nadie. Puede venir cualquier
persona que necesite atención y en el trato que se le
dispense prevalecerá la cultura de respeto,
que es universal.*

En esa interacción ha escuchado historias de violencia “terribles” y conocido fuera de los libros el efecto perverso de la cultura de la sumisión. Mujeres en cuyos cuerpos la violencia ha dejado sus marcas visibles, pero que, sin embargo, siguen encontrando “bueno” al hombre que las provoca. Una bondad resumida con frecuencia en “la compra de un colchón” como prueba de “amor”.

De ahí que insista en su aprecio por el vínculo entre el trabajo científico que realiza con las mujeres y la vida cotidiana de estas. “No me cansaré de decirlo: para mí eso ha sido tan y tan satisfactorio que no dejo de reforzarlo en el personal. Cuando valoras a las personas, estas cambian. Y porque hemos compartido ese cambio, no es infrecuente que mujeres que participaron en estudios realizados hace veinte años, pasen por aquí a

saludar porque se vinculan con nosotros, porque valoran que les hayamos dedicado tiempo”.

En esta práctica, el área de investigaciones de Profamilia no es una isla, y Vivian lo recalca. La institución ha invertido tiempo y recursos en educar la sensibilidad de los médicos para que la relación con la paciente sea humana y considerada. Atrás quedaron los tiempos en que el profesional estaba convencido de que explicar la enfermedad y los efectos del medicamento prescrito era una pérdida de tiempo. Impulsada por la dirección ejecutiva que desempeña Magaly Caram, Profamilia ha fomentado un cambio de cultura y normalizado en sus prácticas cotidianas la horizontalidad del conocimiento. Los médicos y las médicas que atienden a las usuarias no pontifican, explican para que la decisión sea tomada de manera consciente y libre por las mujeres.

Con una visión integral de la salud, Profamilia también fue pionera en los estudios sobre violencia de género, lo que permitió a la institución diseñar protocolos para su detección en consulta. Vivian recuerda que, para entonces, a finales de la década de los años setenta del pasado siglo, muchos de los médicos eran remisos a preguntar a sus pacientes sobre un aspecto que consideraban estrictamente privado. “Era, y sigue siendo, un tema difícil, porque el médico también siente miedo de la reacción que pueda generar la pregunta en la persona que entrevista; el estudio arrojó que un porcentaje muy alto de las entrevistadas había sido víctima de violencia emocional, física y sexual. La consulta ginecológica se convirtió en un puerto de acceso a la detección de la violencia”.

Fue ese el inicio de un trabajo más amplio que ha permitido a Profamilia montar una estructura de apoyo profesional a las mujeres víctimas que les facilita encontrar soluciones, sanar las heridas que la violencia inflige a la autoestima y restituir el sentido de la valía personal. “Esa fue otra época bonita, visibilizar la violencia. En ese tiempo, de la violencia no se hablaba, era un tema tabú”. Desde entonces, dejó de serlo.

Pero no solo las mujeres son sujetos de un trato distinto y de la atención institucional. Con los años, Profamilia ha crecido hasta convertirse en un centro de servicios de salud diversos, y los hombres son hoy parte de un público que, a cualquier hora del día, abarrota sus salas de espera. A ellos también se les tributa el mismo trato digno que merece su condición de persona, como igual sucede con los miembros de comunidades vulnerables por su opción sexual. “Aquí no se discrimina a nadie. Puede venir cualquier persona que necesite atención, y en el trato que se le dispense prevalecerá la cultura de respeto, que es universal”.

En este clima donde la ciencia no establece jerarquías excluyentes, Vivian confiesa ser feliz. Una felicidad tan plena que, en casi cinco décadas, nunca ha pensado en cambiar de trabajo. “Lo que hago siempre me ha gustado mucho, he tenido muchas satisfacciones. No es un trabajo del que puedo salir y encontrar otro. Digo que, como área de investigación hemos tenido suerte, aunque no es exactamente eso. Tenemos cuarenta y siete años con financiamiento continuo; año tras año tengo que elaborar el presupuesto, someterlo a las agencias de financiamiento. Invariablemente lo hemos obtenido, lo que habla mucho de la calidad de nuestro trabajo. Lo digo con orgullo: todas las agencias internacionales hablan maravillas de nuestro centro”.

Se entiende, entonces, por qué esa joven que ingresó como asistente de investigación de Aníbal Faúndes y Francisco Álvarez sea hoy, ya abuela, un referente internacional en su área y el ancla de Profamilia en el complejo y exigente mundo de la investigación científica.

Capítulo V:

Mentor y amigo

Vivian Brache Bonilla



Vivian Brache y Frank Álvarez en New York



Con Aníbal Faúndes en New York

V. Mentor y amigo

—¿Quiere que le cuente cómo fue?, pregunta a su vez Aníbal Faúndes cuando se le inquiera la razón por la cual un profesional tan experimentado, con un bagaje que ya a mediados de los años setenta del siglo XX trascendía sus fronteras chilenas y al que, precisamente por estos atributos, podía suponérsele entonces, y todavía ahora, un nivel de exigencia casi inclemente, decidió apoyarse en una jovencita inexperta, aunque entusiasta y medio nerda.

Obligado como estuvo a abandonar Chile después del golpe de Estado pinochetista, recalará en esta media isla donde contaba con el afecto y apoyo de varios exalumnos tan localmente prestigiosos como Vinicio Calventi y Frank Álvarez. Junto a este último fundará el Centro de Investigaciones Biomédicas de Profamilia.

“Una de las primeras investigaciones era sobre algo que traía de Chile; una investigación sobre migración espermática, es decir, cómo migran los espermatozoides a las trompas de Falopio después de una relación sexual para fertilizar un huevo. Yo necesitaba a una persona que supiera identificar los espermatozoides, contarlos, etcétera, y preguntamos quién podía hacer ese trabajo”.

Le informaron que “había una muchachita que acababa de formarse como bióloga, que es muy inteligente y dedicada, que había comenzado a

trabajar en un laboratorio clínico”. Con estos datos en mano, y en compañía del doctor Álvarez, encaminó sus pasos al lugar de trabajo de la recomendada para entrevistarla. La primera constatación no lo sorprendió: muy joven y sin absolutamente ninguna experiencia. Ya estaba advertido. “Comencé a hablar con ella y bastó media docena de palabras para darme cuenta de que era una persona excepcionalmente inteligente, excepcionalmente dedicada y que valdría la pena trabajar con ella”.

Vivian Brache es lo que ha llegado a ser gracias a sus condiciones excepcionales, por su inteligencia brillante, por su dedicación, por su honestidad al cien por ciento que la destacan entre toda las personas que hacen investigación en el mundo.

Anibal Faúndes

Con lo que no contaba Faúndes era con que la muchachita tenía planes de adulta: se casaba en dos meses y se iría a vivir al extranjero, posiblemente a los Estados Unidos. No se dio por vencido. Habiendo descubierto una inteligencia fuera de serie, estaba decidido a tenerla a su lado “aunque fuera por dos días”. La vida tenía otros planes y comenzaron a cumplirse de manera que ninguno de los involucrados pudo prever al momento de la primera plática. Vivian comenzó a trabajar en la investigación, se casó con su novio... pero no se fue a los Estados Unidos. “Se quedó con nosotros dice Faúndes y fue creciendo, creciendo, como todos sabemos. Realmente, no conozco a nadie con la misma capacidad que Vivian”.

A la memoria le viene una anécdota reveladora. A su llegada al país, Faúndes formaba parte de una organización llamada Comité Internacional de Investigaciones en Anticoncepción, de la cual fue miembro durante unos veinte años. “Llegó un momento en que dije que era hora de salir porque todo lo que podía aportar ya lo había aportado, y que era bueno ser sustituido. Entonces propuse al director del grupo ser reemplazado por Vivian, y él me respondió ‘pero Vivian no es médico, convidemos a Frank (Álvarez) que es médico y profesor universitario’. No pude oponerme. Llamaron a Frank

pero lo que pasaba era que el investigador principal llevaba siempre a las reuniones a su principal ayudante, que en el caso de él era Vivian. Después de tres o cuatro reuniones se convencieron de la brillantez de su cabeza. No es que Frank no fuera brillante, pero Vivian es excepcional. Poco tiempo después, ella fue una de las personas más sobresalientes de las que participaron en las investigaciones sobre anticoncepción que se hicieron en el mundo a partir del Centro de Investigaciones Biomédicas de Profamilia”.

El trabajo científico y la cercanía entre ambos que este les proporcionó, permiten afirmar a Faúndes que Vivian “es lo que ha llegado a ser gracias a sus condiciones excepcionales, por su inteligencia brillante, por su dedicación, por su honestidad al cien por ciento que la destacan entre todas las personas que hacen investigación en el mundo”.

Faúndes no establece jerarquías en el vasto número de experiencias compartidas durante más de cuatro décadas de amistad y colaboración académica. Todas han sido relevantes porque han contribuido con una creciente capacidad de las mujeres para determinar el curso de su función reproductiva. Escoger alguna sobre el resto es equivalente a “chutear el balón” en el campo de fútbol para anotar un gol. Simil aparte, menciona la participación de Vivian en la investigación sobre los implantes subdérmicos. “Ella pensó mucho en lo que había que hacer para que fueran más aceptables; lo mismo puede decirse de la investigación sobre el dispositivo intrauterino con hormonas”.

Escindir a la científica de la persona, como si fueran entes ajenos, es un ejercicio de abstracción improductivo. Una y otra se influyen mutuamente a través de un vínculo ético esencial. Porque, ¿qué es ser científico?, se pregunta Faúndes. “Ser científico es saber evaluar los hechos como son, lo que en ciencia llamamos evidencias”, se responde. “Evaluarlas adecuadamente, de manera equilibrada, no darle menos ni más importancia de la que tienen, saber elegir entre las que tienen valor y las que no lo tienen y sacar las conclusiones adecuadas frente a los hechos. Vivian reúne todas estas condiciones. Además, la honestidad es un elemento fundamental para toda persona que se llame científica. Y esa es una característica en la que

Vivian es insuperable. Jamás se escuchará de ella algo de lo que no esté absolutamente segura, nunca se inventará nada”.

La ética en su quehacer profesional marcha de la mano de su ética individual. La sensibilidad es una de sus características más resaltantes. Preocupada por el sentimiento de las personas, cuida de no herirlas, de protegerlas. Es esta conjunción de cualidades profesionales y personales las que fundamentan la cercana relación mantenida por Faúndes y Vivian. Él la ve como una hija; ella, como un padre. Un cariño mutuo que ha restado importancia a las distancias y al tiempo y los lleva a comunicarse constantemente no solo por razones laborales, sino también personales.

Ella confiesa con orgullo su deuda intelectual con Faúndes, a quien proclama su mentor. Él explica que esa mentoría nace de su dedicación a la formación de investigadores, que le ha permitido identificar las semillas apropiadas, sembrarlas y cultivarlas con esmero, que ha sido el caso en su relación con Vivian. “Con Vivian me dediqué a transmitirle toda mi experiencia de investigador, que a mi llegada a la República Dominicana ya tenía más de veinte años. Como muchas veces ocurre, ella superó a su maestro”.

Capítulo VI:

Cómplices en la aventura



Con el Dr. Frank Álvarez y Magaly Caram 2018

VI. Cómplices en la aventura

En la vida de Vivian Brache convergen muchos caminos. Magaly Caram es uno de ellos. Cofundadora de Profamilia y su directora ejecutiva, ha transitado junto a ella un dilatado tiempo de relación laboral y afectiva que la convierten en testigo privilegiado de un proceso de crecimiento intelectual y académico que acumula incontables lauros.

Hablar de cómo se conocieron remite a Aníbal Faúndes, de cuya mano Vivian llegará a Profamilia y, por ende, a la vida de Caram. Como aquel, ella también conserva en la memoria la imagen de una jovencita, inexperta y tímida, llegada casi por accidente a un lugar que nunca estuvo en sus planes. Sus recuerdos de los inicios de Vivian en el campo de la investigación apenas difieren de los de Faúndes. Un detalle más, un detalle menos, nada sustancial. Inalterable y común es la imagen de la muchacha de veintiún años y un título universitario a la espera de que se le secase la tinta, con una admirable disposición al riesgo de adentrarse en un campo desconocido, y un firme convencimiento de que, fuese cual fuese la tarea encomendada, saldría airosa. Y así fue.

Los atajos en el relato de Caram simplemente adelantan el recorrido hacia el espacio donde Vivian ha progresado como investigadora. Una faceta vital en cuya descripción se detiene con largueza, aunque es solo una de las varias que aborda en una conversación donde las referencias se entrecruzan para describir la integralidad de una manera de ser, de encarar la vida, de la que al final, componiéndose como caleidoscopio, surge la imagen de un

ser humano por el que siente verdadera admiración y aprecio.

La Vivian investigadora es una persona sumamente minuciosa, dedicada, consagrada. Siente una gran pasión por la ciencia, hasta el punto de que en varias ocasiones hemos conversado sobre su idoneidad como gerente, otra de sus facetas fuertes, y le ha planteado si quiere llegar más lejos en Profamilia. Su respuesta ha sido siempre ‘no, mi mundo es el mundo de la ciencia, no quiero más de ahí’. La he visto siempre como la persona apta para sustituir a la dirección ejecutiva, porque tiene todo el potencial, relaciones internacionales, el idioma, un buen dominio y manejo de la gente, y siente un amor único por la institución”.

Apasionada de lo que hace, pero también dotada de una alta sensibilidad social, Vivian no tiene en la ciencia un fin en sí mismo, sino un medio para mejorar la prestación de servicios a las usuarias de Profamilia. La suya es, insiste Caram, “una vida dedicada al servicio, y eso para mí no tiene precio”.

Como aval de su excelencia académica están los numerosos estudios realizados junto al doctor Álvarez, algunos de los cuales, como el implante subdérmico, fueron “paso obligado” para que fuese aprobado por la FDA. En la base de estos éxitos están las cualidades que caracterizan el trabajo de Vivian: la organización, el tratamiento de la información, el cumplimiento de los protocolos, la redición de cuentas, el encuadramiento institucional y la ética, respaldada por un comité al que escucha con atención.

Caram pone el énfasis en la relevancia del comité de ética para la confiabilidad pública de los estudios que producen Vivian y su equipo. Multidisciplinar, asegura la ponderación equilibrada de los resultados. Democrático, incorpora también la representación comunitaria y a dos usuarias de los servicios, siguiendo el modelo cada vez más extendido de integrar a los usuarios en los procesos de decisión.

“Todas estas cualidades le han permitido crecer mucho. A partir de su pasión por la ciencia y la investigación, ha desarrollado, con mucha fortaleza, su capacidad gerencial. Primero, ella gestiona sus propios proyectos con

distintos donantes, presenta las propuestas, maneja su presupuesto con total transparencia, escoge su personal; un personal de una gran lealtad institucional, no a la persona, como muy pocos gerentes tienen”.

Provenir de un entorno familiar de altos ingresos no ha sido obstáculo para que esta científica de cuerpo y alma se haya consustanciado con las personas usuarias de los servicios de la Clínica Profamilia Dra. Evangelina Rodríguez, provenientes de los estratos sociales más desfavorecidos. En el local permanece con frecuencia hasta altas horas de la noche y no elude su presencia cuando, por compromisos laborales, debe acudir los fines de semana.

En el plano internacional, el mérito de su trabajo goza de un aprecio unánime. Los premios y reconocimientos recibidos de prestigiosas organizaciones de varios países atestiguan el lugar cimero que ocupa como investigadora. Para muestra, un botón: en el 2017 recibió el acreditado Premio Allan Rosenfield, otorgado cada año por la Sociedad de Planificación Familiar de los Estados Unidos, en reconocimiento a un investigador o investigadora cuyas notables contribuciones a la planificación reproductiva demuestran su compromiso con la salud de las mujeres, su importancia social, sus derechos reproductivos y su igualdad con el hombre.

Pocos investigadores, hombres y mujeres, gozan del privilegio de ver publicado tan alto número de artículos sobre temas científicos como Vivian. El primero en 1977 en colaboración con Faúndes y Álvarez. El último, a mediados de 2021, en colaboración con un grupo de colegas internacionales. Humilde como es, podrá no presumir de su prestigio, pero no le basta para escapar de él. Hace apenas unos meses, interesada en un artículo leído en una revista, escribió a la persona responsable de brindarle la información, con una fórmula de presentación que la retrata de cuerpo entero: “Soy Vivian Brache, no estoy segura de que me conozca”. “Por supuesto, Vivian, te conozco, tú eres una leyenda”, recibió por respuesta. Más que el legítimo orgullo que en otra persona hubiera podido producir esta opinión, en Vivian provocó ternura. Caram lo sabe de primera mano

porque la investigadora comparte con ella este tipo de gratificaciones.

“Siento que ella no ha tenido en el país el debido reconocimiento. Quizá se deba a que el tema que Profamilia maneja no es un tema simpático, tiene en contra instituciones poderosas, con mucha influencia política y eso no la hace atractiva. Si fuera otro tema, seguro que sería diferente”.

No es que no lo haya recibido en absoluto, pero, conociendo su valía y su bien ganado respeto en el extranjero, Caram aspira a que se agreguen muchos más a la lista. La UNPHU, su alma mater, la escogió en 1989 Egresada Distinguida; cuatro años más tarde, en 1993, Jaycees 72 la distinguió con el galardón Joven Sobresaliente de ese año. En el 2015 quedó finalista del premio Mujeres que Cambian el Mundo, patrocinado por el Banco BHD León, y en el 2021 recibió la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, el máximo reconocimiento que se otorga a las mujeres por sus aportes y relevancia en el quehacer educativo, profesional, científico, político, empresarial, artístico, deportivo, de la salud, laboral, rural y comunitario. En el extranjero, al ya mencionado Premio Allan Rosenfield, Vivian agrega el Charlotte Ellertson, concedido en el 2011 por el Consorcio Internacional para la Anticoncepción de Emergencia, así como reconocimientos de Family Health International y de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Reproducción Humana.

Ella siente verdadera preocupación porque todo su personal crezca, y esa es una cualidad que no todos los gerentes tienen.

Magaly Caram

Caram retoma la conversación para hablar de la gerente que ya ha pincelado en otro momento. Desde su punto de vista, Vivian representa el ideal de gerente de quisiera ver prevalecer en todas las áreas de Profamilia. La razón es simple: Vivian “tiene el control y el manejo de su programa, de

sus recursos humanos y de sus presupuestos”. Nada se le escapa. Sabiéndose capaz de resolver por ella misma todos los aspectos de su quehacer gerencial, “no acude a la dirección excepto por problemas mayores y generalmente con sugerencias de solución”.

Los buenos resultados de su método saltan a la vista: ha logrado conformar un verdadero y motivado equipo, en cuya actualización invierte tiempo, recursos y empatía. Cada dos años, el personal bajo su dirección asiste a las reuniones de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Reproducción Humana. “Ella siente verdadera preocupación porque todo su personal crezca, y esa es una cualidad que no todos los gerentes tienen. Desde mi punto de vista, esa es una de las cualidades más resaltantes de un gerente: entender que cuando los subordinados crecen y se destacan, sucede lo mismo con quien los dirige, que vuelan juntos”.

Además de sus convicciones personales y su ética profesional, a esta manera de Vivian relacionarse con su equipo subyace su propia experiencia de quien pudo crecer sin obstáculos porque la tuteló por mucho tiempo el doctor Frank Álvarez, por quien profesa “una lealtad inquebrantable”. Aunque las circunstancias la habían situado en la dirección real de la gerencia de investigaciones de Profamilia, la propuesta de asumir formalmente el puesto del hombre que contribuyó tan decisivamente a su carrera, la sumió en un poco agradable estado de ánimo. Su primera reacción fue negarse de manera rotunda. Caram, portadora de la oferta, debió emplearse a fondo para convencerla.

En ocasiones, infrecuentes, ha sufrido decepciones. Investigaciones fracasadas por motivos ajenos a la calidad de la metodología; gobiernos republicanos en los Estados Unidos obsesionados con el recorte de fondos a los programas de cooperación sobre salud reproductiva y contracepción en los países del Tercer Mundo. La última de estas desagradables experiencias se vivió bajo el trumpismo. La investigación que llevaba a cabo en ese momento se vio de pronto desposeída de recursos por disposición de un presidente Trump que, apenas llegado al gobierno en enero de 2017, revivió la llamada Ley Mordaza Global para bloquear el financiamiento federal

a las organizaciones que desarrollan programas de salud reproductiva o defienden el derecho de las mujeres a la interrupción del embarazo y prestan su concurso económico a organizaciones homólogas del Tercer Mundo.

No conforme con penalizar la asistencia a las mujeres y las niñas en salud reproductiva, Trump amplió las restricciones para abarcar “toda la asistencia sanitaria global financiada por Estados Unidos, no solo a las organizaciones involucradas en la planificación familiar”; es decir, también “la atención materno infantil, programas de nutrición, tratamiento contra la malaria y atención para la tuberculosis y el VIH”. Pero, por lo menos en el caso del estudio que llevaba a cabo Vivian en el país con el apoyo de Family Health International, Trump no se salió con la suya. El prestigio de la dominicana sirvió de aval a la organización norteamericana para conseguir los fondos suprimidos con la Fundación de Bill y Melinda Gates y continuar el estudio. Dato suficiente para sostener, sin temor a la hipérbole, que ninguna dominicana como ella ha contribuido al desarrollo de la ciencia global.

Para Caram, el aporte de Vivian a las mujeres del mundo, y no solo dominicanas, es inestimable. Su labor científica sobre reproducción humana y tecnologías anticonceptivas, nuevas y existentes, han ayudado a echar por tierra los mitos sobre algunos efectos secundarios de los métodos anticonceptivos, cambiando de ese modo la vida de cantidades incalculables de mujeres de todos los países.

La relación construida al calor del propósito común de ayudar a las mujeres a ganar libertad de decisión sobre sus cuerpos se nutre también de experiencias humanas cotidianas, muchas de las cuales Caram guarda en la memoria como expresión de la solidaridad que prodiga la amiga. “No me siento su jefa. Me siento su amiga, su colaboradora, su apoyo, su estímulo permanente”. En reciprocidad, ella le ofrece la amistad tranquila y discreta “que toda persona aspira a tener”.

Capítulo VII:

La vida como lazo



Ana Sofia Tejada, del equipo de Investigaciones Biomédicas de Profamilia. Amiga y colega

VII. La vida como lazo

Si Vivian Brache llegara alguna vez a pedirle que se lance por la ventana de un edificio, lo único que espera Ana Sofía Tejada es que ocurri estando ambas en un primer piso porque, de otro modo, no podri contarle, convencida como está de que no vacilaría en complacer petición.

Lo dice en broma, pero habla en serio. Desde que la conociera de niña, cuando ambas cursaban el quinto curso de primaria, Ana Sofía Tejada no ha tenido empacho en admitir que haría siempre lo que ella le pidiera por una razón sencillísima: confía plenamente en el buen juicio de quien, además de ser su amiga desde la edad de la inocencia, ha sido su jefa laboral por casi cuarenta años. Tiempo más que suficiente para no tener dudas de que ella siempre hace lo correcto y conveniente.

Compartieron pupitre hasta graduarse de bachiller y como universitarias escribieron, junto a Annie Malla, la tesis de grado sobre el perfil de lípidos en los pacientes con trastornos cardiovasculares. La madurez también les ha llegado juntas en ese espacio, la Gerencia de Investigaciones Biomédicas de Profamilia, en la que, día tras día, cada una da lo mejor y más fructífero de su inteligencia y su humanidad. Una inteligencia, la de Vivian, que demostró convirtiéndose en la estudiante estrella del Colegio Santo Domingo, estrellato del que nunca pudo ser desplazada.

“Era muy buena estudiante y muy tranquila, mucho más de lo que es ahora. Recuerdo que cuando estalló la revolución de 1965, sus padres se la

llevaron a estudiar al colegio de las monjas dominicas en Michigan. Cuando regresó un año después, el patito se había convertido en un hermoso cisne. Las imágenes de esa época están muy vivas en mi memoria. Recuerdo que cuando se fue usaba lentes con un cristal grueso porque sufre de miopía y cuando regresó usaba lentes de contacto. También tenía bráckets en los dientes, y vino sin ellos. Estaba preciosa. El año que pasó fuera le fue muy favorable”.

“En el colegio funcionaba la llamada Sociedad de Honores compuesta por las estudiantes con mejores notas, y ella era la presidenta. Fue también la que pronunció el discurso de graduación de nuestra promoción. En la universidad fue igual. Siguió siendo la misma estudiante sobresaliente que conocí en la primaria”.

El amor por Luis Rafael Mejía, a quien permanece unida hasta hoy, puso en la personalidad de Vivian una nota de inédita y especial alegría. En la evocación de la amiga aparece el joven enamorado esperándola a la puerta del colegio para acompañarla en el trayecto a la casa.

Era muy buena estudiante y muy tranquila, mucho más de lo que es ahora. Recuerdo que cuando estalló la revolución de 1965, sus padres se la llevaron a estudiar al colegio de las monjas dominicas en Michigan. Cuando regresó un año después, el patito se había convertido en un hermoso cisne. Las imágenes de esa época están muy vivas en mi memoria.

Ana Sofía Tejada

“Vivian tiene una educación de hogar muy fuerte, muy fina. Cuando estábamos en el colegio yo no visitaba su casa, pero sí lo hacía cuando estábamos en la universidad. Su padre Hugh Brache era un hombre excelente, un caballero, y su madre Mercedes Carmen Bonilla, una señora muy fina, muy educada. Y así mismo es ella, quien además tiene de bueno que, pese a haber nacido en ‘cuna de oro’, es una persona sumamente

sencilla y humana. Nunca se le ha subido nada a la cabeza”.

Ambas escogieron la misma carrera universitaria, la de Bioanálisis. Tejada tiene claro el origen de su vocación: la clase de Biología del segundo año de bachillerato. Si alguna vez Vivian le compartió de dónde partió la suya, lo ha olvidado, solo podría conjeturar, y no se arriesga. “Nuestro colegio era muy avanzado; para la clase de Biología traían de los Estados Unidos unos frascos grandísimos con animales que utilizábamos en las prácticas de laboratorio. Conservo fresco el momento en que decidí que estudiaría Bioanálisis. ¿Por qué lo decidió ella? No sé. De nuestro curso, cuatro optamos por esta profesión”.

El ingreso a la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) supuso una mudanza en la vida de este grupo de muchachas acostumbradas a las aulas donde solo se escuchaban voces femeninas. Pero compartir espacio con estudiantes varones no disminuyó el ímpetu del liderazgo de Vivian; por el contrario, se vio enriquecido por las mayores oportunidades que ofrecía un ambiente de pares con distintos enfoques de la vida y el mundo. Amante de las fiestas y única del grupo de muchachas propietaria de un carro, era el potente motor de actividades festivas que compensaban la dedicación a los libros. El parque Mirador Sur, inaugurado en 1970, era frecuente escenario de los encuentros amistosos durante los cuales ella demostraba sus dotes de insuperable cocinera.

Hubo momentos menos alegres en los que Vivian también se adelantó al resto en las decisiones. Tejada recuerda la ocasión en que el desprendimiento de una ventana golpeó a una compañera de curso. Antes de que cualquiera otra persona pudiera reaccionar, Vivian corría hacia la enfermería llevando a la afectada para que le prestaran los primeros auxilios. Y otra en que una de las compañeras sufrió la fractura de un brazo y le fue colocado un artilugio, ya en desuso, que la obligaba a mantener el brazo extendido. No por nada era conocido como “el avión”. La preocupación de Vivian era evitar que la amiga se lastimara. Siempre que las transportaba, disponía que la accidentada ocupara el asiento a su lado. Así podía sacar el brazo por la ventanilla. Todo lo tenía previsto.

Quizá llegaron a pensar que terminada la vida estudiantil común sus caminos se bifurcarían y, en un primer momento, pareció que así sería. Las primeras oportunidades laborales las separaron por unos años. Tras el corto tiempo trabajando en el Laboratorio Dájer Acra, el sino de Vivian la encaminó a Profamilia. El de Tejada la llevará por unos años a los Estados Unidos. El año 1981 volverá a juntarlas cuando, a instancias de la amiga, comenzó a trabajar bajo su dirección en Profamilia. No la encontró cambiada. La sencillez y humanidad que aprendió a estimar en la época de estudios comunes es la misma que ha continuado caracterizando el trato que dispensa a todas las personas que la rodean.

“Le digo que ella nos pastorea, porque se ocupa mucho de nosotros, y eso para mí es su gran mérito: la humildad, la afabilidad. En Profamilia se evalúa nuestro rendimiento. Por su jerarquía, a ella le corresponde ser evaluada por Magaly Caram, pero en una de esas evaluaciones esta me preguntó cuál puntuación le daría a Vivian en una escala del uno al diez. ‘Quince’, respondí. Y no mentía ni estaba siendo complaciente: Vivian está muy por encima del estándar”.

Algunos de los más conocidos filósofos de la antigüedad clásica hablaron y escribieron sobre el valor de la amistad. En un inventario apresurado de los rasgos que la identifican, coincidieron en señalar su libre intimidad, la reciprocidad, el desinterés y el beneficio mutuo que la relación depara a los amigos y amigas. Siguiendo la línea de pensamiento de los clásicos, en el libro *Envejecer con sentido*, escrito con Martha C. Nussbaum, Saul Levmore afirma que los amigos “son útiles a la hora de brindarnos consejo y también para otras cuestiones, pero en última instancia están ahí para compartir y disfrutar de la aventura de la vida”. Una aventura que, sin dejar de serlo, cambia con el tránsito hacia la madurez física y emocional, dejando atrás las mareas juveniles, volviéndose más apacible y reflexiva. La amistad entre Vivian Brache y Ana Sofía Tejada, que comenzó cuando ambas eran apenas unas niñas que cursaban la primaria y se prolonga hasta hoy, cuando ambas peinan canas, conserva sin menoscabo la fortaleza que le ha permitido sobrevivir a las mutaciones personales y sociales.

“La nuestra es una amistad de mucho soporte. No es ‘pegajosa, empalagosa’, porque ninguna de las dos somos así, pero yo sé que puedo contar con ella, del mismo modo que ella sabe que puede contar conmigo. Es una amistad muy cercana y sincera, aunque no hablemos todos los días, pero hay mucho cariño”.

Afinidades tienen muchas, pero espumándolas, Tejada menciona entre risas “la comida”. También la música, aunque no el mismo género. En el recuerdo está la afición a la playa, aunque la vida, “que ha cambiado mucho”, ya no les permite disfrutarla juntas. Jóvenes, lo hicieron con ganas, porque entre las cualidades de Vivian está su innata capacidad para organizar fiestas y paseos, como aquel que, hace ya muchos años, capitaneó alrededor del lago Enriquillo. “Alquiló una guagua y nos fuimos el grupete de amigos y familiares hasta pisar la frontera con Haití. Fue un paseo maravilloso. En la región hay muchos pozos con aguas distintas: azufrados, no azufrados, fríos, calientes... en todos nos parábamos. Hace muchos años de esto, todavía éramos flacas. ¡Ah!, esa es otra cosa que hemos compartido: el afán de no engordar, de hacer dietas juntas, de tener el mismo endocrinólogo. Ya yo solté la toalla”.

Más concentradas en la familia respectiva, el placer del viaje se trasladó a las oportunidades que ofrecían los eventos internacionales en los que participaban. En esas ocasiones, cuando la agenda había sido agotada, Vivian volvía a ejercer su inveterada vocación de guía y a vencer los reparos que sus propuestas podían despertar en sus compañeras de viaje. Como aquella ocasión en que, estando en Perú, se propuso no desperdiciar el momento de que toda la delegación conociera Machu Picchu, la deslumbrante y multicientenaria ciudadela inca situada a una altura que intimida al imaginario isleño.

“A ella le gusta que las personas conozcan otras culturas. En una ocasión, una compañera de trabajo y yo participamos en un curso dictado en Mánchester, y ella no dejó de instarnos, ya que estábamos en Europa, a conocer París, y que de esa ciudad fuéramos a Brujas. No todos los jefes son así. Digo que nuestra vida cambió mucho cuando ella comenzó a ser nuestra

jefa, porque es muy solidaria, muy desprendida, se preocupa mucho por nosotros y comparte lo que su posición le da”.

El elogio tiene datos. Cada dos años, la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Reproducción Humana celebra un congreso, y ella instituyó la participación de su equipo y convirtió en norma que, además de actualizar el conocimiento profesional, las integrantes de la delegación conocieran algo de la vida que estaba más allá de la puerta del salón del evento. “Por eso resalto su preocupación por nosotras; a otra persona eso no le hubiera importado”.

Como todo el que la trata, Tejada también pone de relieve la capacidad profesional de Vivian. “Digo siempre que es muy bueno tener un jefe o una jefa al que una admire, que una sepa que llegó donde está por mérito. No lo he vivido, pero pienso que debe ser muy triste tener como superior a alguien que llegó al puesto porque tiene dinero o por negocio. La admiro por inteligente, por trabajadora, por bien preparada y porque domina mucho lo que hacemos”.

En el ya largo tiempo que lleva como parte del equipo de investigación, solo recuerda una evaluación externa que produjo momentos desagradables, tensos; no por el proceso y sus resultados, sino por la falta de empatía del evaluador, cuya experiencia provenía de la industria y no del ámbito de la investigación. Las respectivas visiones estaban condenadas a divergir. Solo la inteligencia emocional de Vivian pudo sortear los obstáculos, y Profamilia y su equipo lograron salir airoso del trance y hacer valer la práctica institucional que reivindica el protagonismo de la usuaria que colabora para que las innovaciones lleguen a buen puerto.

Nunca han tenido diferencias sustantivas, y no porque lo impida un clima de trabajo vertical, que no existe, sino porque el respeto mutuo ha limado las escasas aristas que pudieran haber aparecido en los cuarenta años en que una es “jefa” y otra “subordinada”, y en los muchos anteriores que comenzaron el día en que dos niñas con apenas diez años de edad se sonrieron por primera vez y decidieron ser amigas. Hasta hoy.

Capítulo VIII:

Amor a toda prueba

Vivian Brache Bonilla



Boda de Luis Mejía y Vivian Brache 1975



Con su esposo Luis Mejía, hijo e hijas

VIII. Amor a toda prueba

Las risas de Carmen Virginia, Luis Rafael y Victoria estallan al mismo tiempo cuando responden las preguntas sobre su madre. No hubo acuerdo anticipado sobre los temas alrededor de los cuales discurriría la conversación, pero cualquiera de los tres hubiera podido responder en nombre de todos. Idéntico es el amor por la madre e idéntica la admiración por la mujer que ha sabido transitar el camino de su vida con la determinación de las almas libres.

Se les pide que respondan desde la visión personal quién es ella. Cómo ven a esa mujer que es sujeto de un admirado reconocimiento por la comunidad científica internacional. Si acaso ser hijas e hijo de quien goza de tanto éxito como profesional no ha gravitado, para bien o para mal, en sus propias opciones de vida. Bromean sobre quién se lanza primero a definirla, y toca a Carmen Virginia, la mayor, comenzar a dibujar la imagen de la Vivian doméstica, la que dice que no es una “mamá gallina”, aunque todavía los acoge bajo sus alas como si fueran polluelos.

La imagen que de ella tiene Carmen Virginia es potente. Es “la mujer que lo puede hacer todo, estar en todo: dedicada al trabajo, nunca nos faltó como madre. Siempre estaba presente en todo y hasta más, apoyándonos de manera incondicional. Todavía hoy, cuando somos adultos, si necesitamos resolver cualquier problema, la primera persona que dice presente es ella”.

Cualidades de madre que son también reflejo, o a la inversa, de la persona social. Responsable y ética, su compromiso con los demás tiene la marca de la sensibilidad que, en un el espacio donde el cariño preside los días. Cuatro palabras bastarían para definirla en su conjugación de roles, y Victoria las pronuncia: “Es una persona extraordinaria”. Y lo es de manera rotunda: como individuo, como profesional y como madre.

Sobre todas las cosas, ella es muy lógica, muy racional. Todo lo que ella te explica está basado en un estudio, en un análisis. Ella es muy de datos. Cualquier posición que asuma la fundamenta en datos. Es muy racional, la verdad.

Carmen Virginia

Como lo hizo Carmen Virginia y lo hará Luis Rafael después, el bagaje ético de la madre ocupa el primer lugar en la lista (larga) de virtudes que “la hacen sobresaliente”. “En cualquier plano en que la quieras medir, ella será sobresaliente. No importa cuál escojas, incluyendo el gozo porque, también en eso, ella es la primera”, afirma Victoria. La valoración es unánime, y el juicio de Luis Rafael lo confirma. “Como han dicho mis hermanas, ella es una persona sumamente capaz en todo. Le preguntas algo relativo a su trabajo y te da una explicación minuciosa, de una gran profundidad. Pero si le preguntaras sobre cocina, será igual porque, de paso, ella es la mejor cocinera. Todavía hoy, si a alguno de nosotros le pasa algo, y eso incluye a nuestras respectivas parejas, a nuestros primos y primas, la médica es ella. La misma calidad tienen sus relaciones con las otras personas: amigos, compañeros de trabajo, los empleados de la casa, con todos es muy empática. Valoro mucho su sentido de justicia, dar a cada uno lo que merece”.

La ecuanimidad y el buen humor son otros de sus dones. Es difícil, por no decir imposible, que alguna circunstancia desagradable la saque de sus casillas. Ni siquiera cuando, siendo “carajitos”, cometían travesuras, no siempre pequeñas. Luis Rafael sigue anotando cualidades en la lista:

perfeccionista sin dejar de ser pragmática, porque “aunque hace las cosas muy bien, no se detiene en minucias”.

La dedicación al trabajo, y los frecuentes viajes que la han llevado alrededor del mundo, no fueron óbice para que su presencia de madre llenara hasta el último minuto de la vida de sus hijas y su hijo. Secundado por sus hermanas, Luis Rafael confiesa que nunca entendió cómo ella lograba que no la sintieran ausente. “Cuando mis hermanas hablaban de su entrega, pensé en que esa entrega ha sido desinteresada porque, con su conocimiento y capacidades, ella pudo haberse desarrollado en otro ámbito que fuera lucrativo. No es que donde está no haya sido compensada, pero la verdad es que su motivación nunca fue económica”.

“Jamás sentí que su trabajo interfiriera con su rol de esposa, de madre, de hija —dice Carmen Virginia—. Ella estaba pendiente de todo. Si había una actividad en el colegio, se ocupaba de todo lo que necesitábamos, la que siempre estaba pendiente era ella. Y siempre proactiva: era la que dirigía la actividad, la que organizaba a las demás madres y a todo el mundo para que las cosas funcionaran. Nunca sentí que su trabajo entorpeciera nuestra relación; por el contrario, la vi siempre superinvolucrada con nosotros y los demás, porque como hija es igualmente dedicada”.

Las evocaciones de Victoria, la más pequeña de los tres, no contrastan con las de Carmen Virginia y Luis Rafael. Prueba incontestable del equilibrio que supo lograr Vivian en el desempeño de sus roles de mujer con familia y sus responsabilidades de investigadora. Sabiduría, sería la explicación. “Recuerdo que siendo yo pequeña, ella comenzó a trabajar a tiempo completo, y aun así, mi mamá me iba a buscar todos los días al colegio o donde yo estuviera, hacíamos diligencias estoy hablando de cinco o seis de la tarde y pasábamos a comprar pan por Pan Pepín, la empresa de mi abuelo. Como dijeron los otros, ella hacía magia, literalmente”.

Por eso, al igual que su hermana y su hermano, en los recuerdos de infancia y adolescencia de Victoria su mamá es una firme presencia en lo que entonces, como también ahora, era importante para ella y su autoestima de muchacha en formación. Miras hacia atrás y ve a la mujer de

una vitalidad arrolladora que llegó a comparar con otras madres que, pese a no tener responsabilidades laborales fuera de la casa, eran indiferentes o remisas al compromiso con la dinámica colegial. A diferencia de ellas, la suya no solo participaba, sino que animaba los paseos escolares. “Es más, ella planeaba los paseos, se los inventaba. En una ocasión nos llevó a la presa de Jigüey-Aguacate y, de ahí, junto a todos mis compañeros de curso, fuimos a Cambita, donde mis abuelos tenían una casa. Fuimos a muchos otros lugares que ella escogía y, de alguna manera, se inició así en el colegio la costumbre de organizar este tipo de viajes que perdura hasta hoy”.

Estando aquí en la universidad participaba en un programa de verano en los Estados Unidos. En una de esas ocasiones, ella me acompañó. Recuerdo que la noche antes de ir a visitar a Carmen, que estaba en Washington, salimos a un bar ella, unos amigos míos y yo; ella era un ‘tercio’ más. Y de ahí manejamos durante cuatro horas para reunirnos con Carmen por solo una noche, que también fue de fiesta.

Luis Rafael

No construyeron su personalidad en la asepsia de una burbuja, pero jamás les pasó por la mente que hubiera otra realidad que aquella que su madre —tan “avant-garde”— les enseñaba a comprender y aceptar. Quizá por eso no les resultó conflictiva la naturaleza y propósitos de su trabajo que, en algún momento, pudo chocar con el conservadurismo del medio social al que pertenecen. Carmen Virginia pone de relieve la franqueza con la que Vivian le hablaba sobre anticoncepción y salud sexual; orientaciones que brindaba también a las amigas de su hija con verdadero interés y generosa naturalidad.

Ambas hermanas coinciden en que no haberse visto nunca envuelta en conflictos públicos por su trabajo responde a que Vivian es “menos activista” y una conciliadora nata. “Como dice Vicky, nuestra madre no

es una persona a la que le guste el conflicto. Defiende sus posiciones, pero prefiere hacerlo de manera discreta. Hace su trabajo y logra resultados”. Escarbando en la memoria, Carmen Virginia solo puede mencionar el momento, relativamente reciente, en que una amiga, muy cristiana, se le acercó para mostrarle su interés en hablar con Vivian: quería intentar disuadirla de continuar trabajando en una institución objeto de crítica por la publicación de un manual sobre educación sexual dirigido a menores. No le dio mayor importancia, al punto de que ni siquiera puede citar la respuesta que ofreció a la amiga; quizá porque está convencida de que “el Sol no se puede tapan con un dedo”. “Lamentablemente, en el país que vivimos, desde los trece o catorce años, las muchachas y muchachos se inician sexualmente, y eso es lo que llega a Profamilia. No educándolos les haces un daño mayor porque, como quiera, el problema está”. Tan ecuánime como su madre, no pierde tiempo en discusiones estériles sobre un problema que amerita un enfoque que no cabe en la cuadratura mental de mucha gente.

Diferencias han tenido respecto a cosas de la cotidianidad, pero nunca han llegado a enturbiar la espontaneidad de la relación que mantienen con ella. Voluntarismos de adolescentes insatisfechos, pasajeras negativas a acatar alguna orden, desacuerdo con decisiones que las implicaban; cosas normales en toda relación personal. Nada más. Entre risas, citan como fuente de esas esporádicas discrepancias la “intensidad” del modo de ser de Vivian. Sus voces se superponen, pero queda claro que esa intensidad expresa el deseo de que las personas reaccionen a su particular velocidad. “Te llama cuarenta veces”, dice Carmen Virginia, “y te manda un montón de metamensajes: ‘yo creo que tú deberías hacer tal cosa... y entonces...’. Y al otro día te lo repite de otra manera, hasta que por fin haces lo que ella sugiere”.

En una ocasión olvidé hacer un proyecto que me habían asignado en el colegio, y se lo comenté a ella. Yo era todavía pequeña, debía estar en quinto curso. Le argumenté que, por estar en falta no podía ir al colegio. Su respuesta fue decirme que no había

razón para que faltara a clase, que asumiera mi responsabilidad frente a la profesora y aceptara las consecuencias. En ese momento me pareció mal, pero después comprendí la gran enseñanza que encerraba.

Victoria

Están de acuerdo en que, de tener el poder de incidir en la manera de ser de su madre, ambas modularían “un chin” la intensidad de su carácter. Pero no lo tienen y, además, saben de antemano que nada lograrían porque “eso vino con el paquete”. Victoria lo recalca: “para colmo, esa intensidad no es para que tú hagas algo por ella, sino que la derrocha en los otros. Si sabe que tengo un paseo con unas amigas, insiste en decirme dónde mandar a hacer las mejores hamburguesas, y me pregunta una y otra vez si ya las encargué. Está ahí para uno. La verdad es que pide muy poco. Resuelve para todo el mundo, pero para ella pide muy poco. A diferencia de otras personas de su edad que conozco, a las que hay que ayudarlas en todo, con ella no pasa. No necesita nada de nosotros, diría que, al contrario, ella nos soluciona”. Luis Rafael también se decantaría por “bajar un poquito esa intensidad”, que lleva a la madre a quejarse buenamente de que no la llama o de que cuando lo hace ella, no responde el teléfono. No la juzga con desagrado porque encuentra en ese rasgo de personalidad de su madre más cosas positivas que negativas.

Porque, en definitiva, esa intensidad proviene de una cualidad que Victoria subraya: su innato liderazgo, que convierte en espontánea la respuesta del otro a sus proposiciones y planes y hace auténtico el disfrute. “Ella es una lideresa, porque la persona líder te lleva a hacer las cosas por propia voluntad, no a la mala. Ella sabe cómo hacerlo”. “Todo el mundo se acomoda, que ella dirija y diga lo que hay que hacer”, acota Carmen Virginia.

Puestas a decidir cuál de las muchas cualidades de su madre aprecian sobre el resto, resurge en la respuesta de Carmen Virginia “la capacidad de resolver todo, de hacer tantas cosas y hacerlas todas bien. En el trabajo

hace una presentación y le queda perfecta; en la familia, cualquier viaje que haya que organizar ella lo asume, y ya somos muchos. Ella se ocupa de los pasajes, de la reservación de los hoteles...”. “Y de estar, agrega Victoria, en todo para todo el mundo, no solo para nosotros; estar pendiente, presente”. Botón de la muestra: sus nietas no solo duermen con frecuencia en la casa de la abuela, sino que invitan a las amiguitas y a los amiguitos. “Cocina con ellos, les pone una película... Cuando se levantan, hacen el desayuno. El mejor plan de mis hijas era ir donde Mima. Es admirable”. Para Luis Rafael, si algo define a su madre es “la convicción y persistencia. Lo que ella quiere hacer, lo hace, y si no sabe hacerlo, busca la forma. No es una persona que se rinde fácil, para nada”.

Melómana, Vivian confesó que la música le sabe a domingo. Razones le sobran porque, como sucedía en su infancia, el domingo sigue siendo el día en que la familia numerosa se reúne alrededor de la mesa para disfrutar los platos que ella cocina y conversar durante horas teniendo de fondo música cuyo deleite comparten. Sus hijas le otorgan el título de “la mejor chef” que puede haber en estos cuarenta y ocho mil kilómetros cuadrados de isla. A sus habilidades agrega, como preciado condimento, su deseo de complacer los gustos gastronómicos de cada uno de los participantes. A cada cual, lo suyo.

“Nuestros almuerzos son cenas, porque nos juntamos alrededor de las dos o las tres de la tarde, y como ella es tan gozona, primero vienen los traguitos y la picadera”, dice Carmen Virginia, y Victoria apunta que esos domingos son tan entrañables que, en varias ocasiones, en trabajos escolares, sus nietas los aluden.

Las hijas de Victoria son las nietas más pequeñas; la mayor no alcanza los tres años y la última nació cuando el 2020 estaba por finalizar. Las de Carmen Virginia son adolescentes, quince y diecisiete años, y las de Luis Rafael tienen once y catorce. Mujer que ha vivido con plenitud su abuelidad, en el corazón de Vivian se mece la inquietud de si le alcanzará el tiempo para dejar en el recuerdo de las benjamins lo que está segura de dejar en las otras. “Su afán de ahora es poder ser con las mías todo lo que ella fue para

las hijas de mi hermana y de mi hermano, que ya son grandes, crear en ellas los recuerdos y experiencias que tuvieron sus otras nietas cuando ella era más joven. Con frecuencia repite su deseo de que la vejez la deje cumplir ese sueño”.

Carmen Virginia le dio la primera nieta, y el embarazo fue una vivencia compartida. Dándole seguridad, su madre estuvo todo el tiempo con ella, incluido el momento del parto, como lo estará también en cada nuevo nacimiento. Nada ha impedido que lo esté, ni siquiera las restricciones impuestas por la pandemia porque, en definitiva, si continuó cumpliendo con todas sus responsabilidades laborales y domésticas, ¿por qué no podía estar junto a Victoria, tomándole la mano para infundirle fuerzas?

Luis Rafael está seguro de que, cualquier cosa que diga sobre la abuela que es Vivian podría ser dicho por sus hermanas, pero prefiere particularizar: sus hijas “aman a Mima porque Mima está siempre presente, como lo estuvo con nosotros. Está muy pendiente de ellas y las involucra. Es que eso es ella: una absoluta entrega al otro. Pienso que se ha sacrificado por los demás, y ha tenido pocas cosas para ella. Se ha entregado a su trabajo y a su familia”.



Foto familiar Navidad 2020

Capítulo IX:

La hermanita y el ángel



Con su hermana Victoria

IX. La hermanita y el ángel

Aprendieron a leer en español siendo muy pequeñas porque la madre, desesperanzada por los años de la dictadura trujillista que parecían no tener fin, pensó que la lengua era el lazo que anudaría a sus hijas a un país donde no habían nacido, pero que ella se obstinaba en que sintieran suyo. En la casa neoyorquina de Victoria y Vivian la dominicanidad se bebía a través del idioma, del que adquirieron perfecto dominio. Para entonces, el concepto de biculturalidad apenas circulaba en el mundo académico ni problematizaba el análisis sociológico como lo hace ahora. Fueron niñas que, como lo ha dicho Vivian y refrenda Victoria, vivieron su pertenencia a dos mundos de manera natural, absorbiendo de cada uno lo que mejor que les brindaba.

Advertida de la precocidad de su pequeña hija, Mercedes Carmen solicitará su admisión a primer grado en el Colegio Madre Cabrini, una reputada institución fundada en 1899 en el barrio residencial de Hudson Heights, en el Alto Manhattan, dirigida por las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. La respuesta fue negativa: por su edad, la niña no cumplía con los requisitos de la institución. Ante la insistencia de la madre, le ofrecieron la opción de someterla a una prueba de inteligencia y el resultado dejó sin argumentos a las monjas: Vivian tenía un coeficiente intelectual de genio. Desde entonces, y hasta ahora, sus familiares más cercanos bromean con ella llamándola “la potoncia”.

Desde pequeña “en el curso fue siempre presidenta, siempre estuvo dirigiendo actividades de ayuda, porque entonces en los colegios una iba a

dar clases en los barrios, y ese tipo de cosas. Fue muy lideresa porque tiene una vena natural que hace que le guste servir. Es muy sencilla, tanto que, cuando la ves nunca pensarías que posee esa gran inteligencia. Creo que hasta que le concedieron la Medalla al Mérito de la Mujer, pocos en el país sabían de su trabajo, porque siempre ha trabajado de manera muy calladita, yendo al extranjero a dar conferencias, publicando estudios científicos. En su ramo es muy conocida en otros países”.

Vivian dice de su hermana Victoria que es “su ángel”. Para Victoria ella no ha dejado de ser “su hermanita”. El amor mutuo creció a la sombra de una familia que abonaba el apego. Como Vivian, recuerda aquellos años en los que la numerosa familia Brache apenas se tenía a sí misma, cercada aun en la lejanía por el miedo de una comunidad dominicana, para entonces exigua, a aproximarse a quienes el dedo de la dictadura trujillista señalaba acusador. Varios de los tíos y su prole vivían en el mismo edificio que ellas y sus abuelos maternos, lo que consolidó el sentido de pertenencia al núcleo familiar que se mantiene vivo, pese al tiempo y los rumbos particulares que ha tomado cada uno junto a su descendencia. Para que ese espíritu convivencial no muera, cada cinco años convocan, capitaneados por Vivian, a la reunión que llaman “Brache Extravaganza”: más de un centenar de primos, repartidos por los más diversos rincones de los Estados Unidos, acuden al llamado para recrear los afectos.

“Juan Tomás Mejía Feliú (†), el suegro de mi hermana, bromeaba diciendo que solo teníamos que ir a cualquier ciudad de los Estados Unidos para que apareciera un Brache. Y es cierto: tenemos primos en Boston, en Carolina del Norte, en Búfalo, en California...”. No le faltaba razón. Varios de los hijos de la familia Brache-Bernard, hombres y mujeres, se quedaron en el país en el que habían vivido durante más de veinte años. Sus descendientes hicieron su propio camino, llegando algunos a lograr notoriedad pública. Uno de ellos, Thomas (Tom) Edward Pérez Brache, fue secretario de Trabajo del gobierno del presidente Barack Obama y, posteriormente, presidente del Comité Nacional Demócrata de 2017 a 2021, siendo el primer hispano en ocupar el cargo.

Con ocasión de la celebración del nombramiento como secretario de Trabajo de Pérez Brache por la embajada dominicana en Washington, los Brache acudieron masivamente, entre ellos Vivian, quien recordó cómo el abuelo paterno privilegió siempre la unidad familiar, les inculcó el amor por la República Dominicana, el valor del trabajo y la educación y el respeto por las personas.

Siempre fue muy líder porque tiene una vena natural que hace que le guste servir. Es muy sencilla, tanto que, cuando la ves nunca pensarías que posee esa gran inteligencia.

Victoria (hermana)

Contrario a lo que pudiera pensar quien la conoce, vivir rodeada de primas y primos, mucho de ellos de su misma edad, no hizo de Vivian una niña extravertida. De pequeña era tímida, y Victoria lo contrario, aunque andando el tiempo se invertirían los papeles. Una anécdota retrata esa timidez. En una ocasión, fue enviada a Cuba a casa de una hermana de su abuela materna, también exiliada, madre de Pedro Bonilla Aybar, expedicionario del 14 de junio de 1959. “El caso es que mandaron a mi hermanita a pasar un tiempo en Cuba, pero en eso se produjo la llegada de Fidel Castro y la embajada de los Estados Unidos decidió retornar a su país a todos sus ciudadanos, y ella lo era. La mandan con una azafata en condición de niña viajando sola; fue a buscarla al aeropuerto un hermano de mi mamá, porque ella no se encontraba en Nueva York, y se esperaba que Vivian lo identificara como familiar. Por mucho esfuerzo que hizo mi tío, permaneció callada, por lo que la línea aérea se negaba a entregársela, hasta que ella vio a su primita, que era de su misma edad, y reaccionó abrazándola. Solo entonces la dejaron ir con mi tío”.

La timidez quedó atrás y en ella floreció una personalidad bullente alrededor de la cual giran todos y todas. Ella es la referencia, la portadora de soluciones, a la que preguntan cuando hay dudas o necesitan reconfirmar certezas. Sea cual sea la circunstancia, Mima, apelativo familiar, terminará

siendo la que encuentre la salida.

“Cuando matan a Trujillo, papi y mami vinieron de visita al país, y él le preguntó si acaso quería retornar desde Venezuela, donde estábamos viviendo. Ella estuvo fascinada de volver y reencontrarse con su familia después de tantos años. Cuando salió al exilio era muy joven, tendría unos veinte y pocos años. Así que regresaron dispuestos a empezar de nuevo”.

Victoria volverá a los Estados Unidos para continuar sus estudios, y Vivian se quedará en el país. Fueron años de formación y crecimiento de la hermanita de los que el ángel no pudo ser testigo. Ambas se reunirán en el hogar común cuando, terminado el bachillerato, Victoria regrese porque el padre entendió que la agitada sociedad norteamericana de los años sesenta del pasado siglo no era el lugar adecuado para sus hijas. “A ella no la mandaron porque esos años fueron muy tumultuosos. Matan a Kennedy (John F.), matan a Martín Luther King, a Bobby Kennedy, hay protestas en las universidades, y mi papá dijo que ese ya no era el país que él quería para sus hijas. Me trajo a mí, no me dejó quedarme en la universidad, y a mi hermana no la mandan a cursar el bachillerato como hicieron conmigo”.

Durante esa ausencia, interrumpida solo por las vacaciones de verano, Victoria y Vivian alimentaron su cercanía con frecuentes cartas y llamadas telefónicas. Pero le faltan detalles de esa época en que su hermanita se convertía en una adolescente “gozona”, según los cuentos de las primas que acompañaban a Vivian a la finca que sus padres y tíos compartían en Cambita. Le apena habérselo perdido, pero disfruta las anécdotas que le permiten recrear ese tiempo en la vida de Vivian.

“Ella también me hace los cuentos de esa época. Cuando regresamos de Venezuela nos mudamos en el ensanche Paraíso, donde vivieron mis padres y aún vive mi madre. Era de las pocas casas del lugar, considerado entonces el límite de la ciudad. Era todo campeche. Vivian me cuenta de las fiestas que se hacían en casa porque esa era una condición que imponía nuestra madre. Además, jugaban voleibol en la calle. Como siempre tuvo condición de lideresa, armaba muchos canes. La verdad es que tuvo una juventud muy gozona”.

Y “gozona” ha seguido siempre, como están de acuerdo en afirmar con énfasis quienes la rodean. Su conocida pasión por la música es algo más que mera afición personal, es un don. “Ella ameniza todas las fiestas. Tiene el don de ir viendo cómo el ambiente de la fiesta, o del grupo, va evolucionando y hace que la música se adecue perfectamente. Si alguien arma las mejores fiestas, los mejores momentos y pone la mejor música, esa es mi hermana. Mi hermanita es toda alegría. Todo lo que emprende lo hace con entusiasmo. Si la fiesta es tuya, ella se encargará de confeccionar el álbum de fotos... Es polifacética, no solo científica. Mirándola, de lo menos que te darías cuenta es de su dedicación a la ciencia porque no encaja en el estereotipo del científico. Es una mujer que disfruta la vida. Vive el momento presente a plenitud”.

A finales de los años sesenta llegaría la etapa de los enamoramientos de ambas de los jóvenes que se convertirían en sus esposos. “Ella era mi chaperona, venía siempre conmigo y con Raymundo (Acra). Cuando ella inició su noviazgo con Luis, entonces los cuatro salíamos juntos. Luis y ella se conocieron en el vecindario porque él vivía en la esquina de nuestra casa”.

Es polifacética, no solo científica. Mirándola, de lo menos que te darías cuenta es de su dedicación a la ciencia porque es una mujer que disfruta la vida. Vive el momento presente a plenitud.

Victoria (hermana)

Mira al pasado y solo encuentra la satisfacción de haberse criado en un hogar que les proveía a ella y a Vivian una absoluta seguridad. Nada en la vida de ambas fue alterado negativamente por la condición de extrañados de sus padres, y las vicisitudes que las decisiones políticas de los mayores habían hecho cotidianas para la familia. “Nunca sentí, y estoy segura de que mi hermana tampoco, que estábamos en el exilio. Primero, ambas nacimos en Nueva York y no conocíamos otra cosa; además, nuestra familia

era muy unida y visitar a mi abuelo era un gozo porque veíamos a todos nuestros primos. Mi padre tenía ocho hermanos, y aunque no estuvieran todos, bastaba con los que vivían en el mismo edificio que nosotros. Todo era muy alegre. Puedo decir que solo años después me percaté de algunas cosas. Y no en Nueva York, sino en Venezuela, donde veía a mis padres escuchando la radio, repartiendo un periódico antitrujillista. Pero que esa situación nos afectara a nosotras, conscientemente diría que no”.

Tanto Victoria, como Vivian, guardan placenteros recuerdos de la estancia en el país sudamericano. No son precisos, porque la memoria infantil es frágil, y para entonces eran muy pequeñas, seis y nueve años. Mas pensar aquel tiempo le devuelve la imagen de ella haciendo pinitos en la cocina y a su hermanita ocupada en tareas secundarias de las que se queja por encontrarlas injustas. O caminando ambas los domingos junto a la madre para asistir a la catequesis porque, a diferencia de Nueva York, en Caracas no asistían a un colegio católico. Y recuerda quizá los momentos más disfrutables: los viajes que la familia realizaba a distintas ciudades venezolanas para acompañar al padre en obligaciones de su trabajo. “Mientras papi trabajaba, nos quedábamos en el hotel y mami nos entretenía. En los trayectos nos leí los libros de Salgari, de los hermanos Grimm, todas esas aventuras. Para nosotras eran días maravillosos. Sería exilio para ellos, pero para nosotras fue un tiempo bonito”.

No duda de que sus padres sintieran tristeza y dolor. La madre, de manera particular, había perdido la unidad de su familia porque las opciones políticas de José Antonio Bonilla Atilas lo llevaron siempre lejos. Resistieron, sin embargo, transmitir su nostalgia a Victoria y a Vivian, enseñándolas en aceptar la realidad, fuese cual que fuese. “Esa ha sido siempre la actitud de mi familia: lo que se enfrenta se enfrenta con buena cara, y se continúa adelante”.

Quizá influyera en esta suerte de ajenidad a la dureza de todo exilio, que tras cesar como funcionario de la dictadura y ser crítico con la matanza de 1937, el tronco de la familia Brache se alejó del activismo si bien no declinó sus posiciones políticas. La vida le pedía otras cosas y la política dejó de

ser ocupación a la que dedicara tiempo y energía. Muy probablemente, también, la actitud de los padres de ambas fue determinante en que vivieran esa etapa con absoluta naturalidad.

“Creo que mami y papi hicieron un buen trabajo. Para empezar, ellos tuvieron un matrimonio extraordinario, poca gente se lleva como ellos lo hicieron. Papi era un príncipe, un caballero al que nadie le escuchó nunca subir la voz y, sin embargo, tenía un gran carácter. Participó en la Segunda Guerra Mundial y obtuvo el rango más alto que, entonces, le permitían a un extranjero, porque él nunca quiso nacionalizarse norteamericano, orgulloso como estaba de su dominicanidad. El matrimonio de ellos fue muy hermoso, muy bien llevado y nunca sentí, y estoy segura de que mi hermana piensa igual, que estábamos en el exilio”.

Hay matices, sin embargo, y Victoria los marca. Si el exilio en que vivieron su niñez no les dejó experiencias negativas, se aposentó como sustrato en el inconsciente. No afirma que sea bueno, pero reconoce que ella y Vivian son propensas a sacrificarse por causas; hacerlo está en el ADN moral de la familia. Lo hizo el abuelo materno cuando decidió publicar su artículo oponiéndose a la reelección de Trujillo. Lo había hecho antes el abuelo paterno cuando criticó la matanza de haitianos. Lo hicieron el propio padre y dos tíos cuando se enrolaron en las filas del Ejército norteamericano para combatir en la Segunda Guerra Mundial. Lo hizo su primo Pedro Julián Bonilla Aybar, uno de los héroes de la expedición del 14 de junio de 1959. En la familia “siempre había alguien dispuesto a morir por una causa”.

Algo de misional tiene también la dedicación de Vivian a la ciencia. Una dedicación, y unos resultados, que enorgullecen al ángel que Victoria ha sido siempre para ella, como enorgullecen a toda la familia que encuentra en ella un arquetipo de humanidad. Victoria se detiene en resaltar un aspecto que no pasa desapercibido a nadie: la humildad personal e intelectual de Vivian. Tanta es que, pese a la muy estrecha y especial hermandad que las une, Victoria se enteró, hace relativamente poco tiempo, del alto número de artículos científicos que “la potoncia” tiene publicados en prestigiosas revistas especializadas internacionales. “Antes de la pandemia, conocía de

sus viajes al extranjero a dar conferencias. Un año en Egipto, otro en algún país de África, en los Estados Unidos, en fin, cada año en un lugar distinto. Me daba cuenta de que la valoraban, pero nunca se me ocurrió detenerme a pensar en la trascendencia de sus estudios, hasta que la acompañé a los Estados Unidos a recibir un reconocimiento. Al ver proyectados los títulos de todos sus trabajos, cobré total conciencia de su importancia. Me dije: ‘¡oh, pero mi hermanita es más genio de lo que yo pensaba!’. Hasta entonces había sido mi hermanita la investigadora; como sucede en casi todas las familias, estábamos al tanto de la realización de sus investigaciones, pero no exactamente de su alcance”.

Para reafirmar su espíritu gregario, dieciséis familiares acompañaron a Vivian a recibir el Premio Allan Rosenfield que ponía en sus manos la Sociedad de Planificación Familiar de los Estados Unidos. Victoria ríe al recordar que los organizadores del acto dijeron a su hermana que podían reservar un asiento para su esposo, además de recogerla en el aeropuerto. “Ella les pidió no preocuparse porque la acompañaríamos varios, pese a lo cual, y lejos de imaginarse cuántos éramos en realidad, insistieron en el traslado. Cuando les dijo el número, no pudieron menos que reírse. ‘Es que nosotros somos así’, les respondió. Teníamos dos mesas en medio del salón. Cuando le tocó hablar, Vivian dijo a los presentes que nosotros éramos su fanaticada, y nos pusimos de pie. Fue muy lindo y emocionante”.

El mismo placer produjo en la extendida parentela de Vivian el otorgamiento de la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana por el Poder Ejecutivo y el Ministerio de la Mujer. Aunque no lo hayan hablado, porque la modestia de la investigadora la lleva a eludir las autorreferencias, Victoria está segura de que la gratifica profundamente ver que su labor científica es valorada también por la sociedad dominicana, venciendo el pesimista pronóstico de que “nadie es profeta en su tierra”.

El camino recorrido por Victoria y Vivian es ya largo. De personalidades distintas, se complementan en armonía. Para el ángel, la hermanita es perfecta aun en lo que parecieran ser sus defectos, como su insistencia en persuadir a las otras personas de asumir las cosas desde su particular punto

IX. La hermanita y el ángel

de vista. Bien por ella, que termina logrando lo que quiere con tan sutil inteligencia que no da lugar al rechazo. Casi con toda seguridad, piensa Victoria, esa es la clave de su éxito: no haberse rendido nunca frente a nada.



Entrega de Premio Allen Rosenfield otorgado por la sociedad de Planificación Familiar de los Estados Unidos por su contribución de una vida a la Planificación Internacional, 2017



Premio Allan Rosenfield en Atlanta, Estados Unidos, 2017

Capítulo X:

Un mundo que cambia

Vivian Brache Bonilla



Recibimiento en la clínica Profamilia a su llegada del premio Allan Rosenfield, 2017

X. Un mundo que cambia

A Vivian Brache no le hace falta proclamarse feminista, porque se siente y confiesa serlo. Su aporte a la causa de las mujeres no está hecho de palabras, sino de acciones que han construido la capacidad de librarse de la función biológica que la cultura reservaba como destino femenino. Su extenso currículum despeja las dudas de si es posible, desde un laboratorio en la Clínica Profamilia Dra. Evangelina Rodríguez, colaborar con una mejor vida para las mujeres del mundo.

“Yo soy feminista. Si bien mi crianza fue muy tradicional, al mismo tiempo fue muy promujer. Las posiciones muy extremas me dan un poco de trabajo, pero siempre he estado a favor de los derechos de las mujeres. Me criaron para que fuera una mujer poderosa. Mis hijas son también mujeres poderosas y mi hijo es un hombre totalmente partidario de las relaciones de igualdad: realiza tareas domésticas, se ocupa de sus hijas... En esencia, como suelo decir, hice mi contribución al mundo al criar un hijo que no es machista, completamente convencido de la igualdad de la mujer y el hombre. Además, es un hombre justo, equilibrado y exitoso en su trabajo. Me siento muy orgullosa de mis hijas y mi hijo por igual. Así que diría que sí, que soy feminista, aunque tradicional respecto a los valores de la familia porque fue lo que me inculcaron”.

En su vida privada, derribó barreras. Fue una de las únicas seis, de una promoción compuesta por sesenta y seis estudiantes de bachillerato, que decidieron cursar estudios universitarios. Casi todas las demás se decantaron

por estudiar secretariado, oficio que en aquella época era la opción casi ineludible de las muchachas de clase media y clase media alta. La matrícula universitaria tomaría su tiempo para feminizarse.

“De las amigas, yo era de las pocas que trabajaban y, claro, también de las pocas que viajaban solas. Mi esposo siempre me apoyó mucho, nunca tuve problemas, aunque alguna gente podía hacer comentarios. Quizá yo misma me presionaba porque siempre me he exigido mucho, y quería estar siempre presente en la vida de mis hijas y mi hijo. Así que traté de repartirme lo mejor posible. De hacer bien mi trabajo, que es mi pasión, pero me pesó mucho el deseo de ser una buena mamá, estar para mi esposo, para mis padres. No fue fácil porque era yo quien más me exigía”.

Viajaba y la acompañaba la desazón de no estar en un momento importante para los suyos. No fue frecuente, pero ocurrió que antepusiera el acompañamiento a Carmen Virginia, Luis Rafael y Victoria a lucir ante audiencias extranjeras el brillo de sus capacidades. “Siempre he sido una persona muy positiva, y me gusta ver más las cosas buenas que las malas. Cuando se habla de que la sociedad dominicana es machista, digo sí, no tengo duda de que hay mucho por hacer; pero creo que, realmente, hemos avanzado. La gente no valora lo que se ha evolucionado en los últimos cuarenta años”.

Regresar a la época de los años setenta es constatar, por ejemplo, que los espacios laborales estaban ocupados casi exclusivamente por hombres. Hoy, las conversaciones con otras mujeres y su propia observación de la realidad la llevan a afirmar que, por lo menos en el ámbito del trabajo, la atenuación del machismo es ostensible, lo mismo que la apropiación por las mujeres de espacios antes todavía la necesidad de jugar simultáneamente los roles de trabajadora y madre continúa provocando conflictos. Quizá una reivindicación necesaria sea la modificación de la cultura laboral, de modo que las mujeres puedan conciliar sus múltiples intereses y no sentir el agobio de la culpa o la frustración.

X. Un mundo que cambia

Su proceso de empoderamiento ha continuado indetenible. A su lado, Luis, su compañero de toda la vida. Soporte y estímulo, sin el cual las cosas hubieran sido, casi con toda seguridad, menos fluidas. Proveniente de una familia con esta forma de situarse en el mundo, de asumirse como seres sociales, y acogida en una institución que ha promovido siempre los derechos de las mujeres y que respeta y enaltece su trabajo, Vivian ha tenido la suerte de no haberse sentido discriminada.

Esta constatación no es árbol que le impida ver el bosque. La preocupa grandemente la violencia de género y su expresión extrema, el feminicidio. Y la hace pensar con pena que todavía haya mujeres que “aguantan muchas cosas”. Prácticas sociales en las que el trecho que separa de la meta es todavía muy largo. Cómo desarraigar esta mala yerba no es algo para lo que tenga respuesta. “Tendemos a pensar que este problema es muy latino, y no es así. La verdad es que no sé cómo definirlo porque tiene que ver mucho con lo cultural, pero aún en países muy desarrollados este problema persiste. La agresividad es muy triste y cuesta avanzar para eliminarla”.

Desde el laboratorio de la Clínica Profamilia Dra. Evangelina Rodríguez, Vivian Brache sigue poniendo la ciencia al servicio de las mujeres. Sin estruendo, pero con tozuda persistencia. Sin pancartas porque tiene ocupadas las manos con el microscopio y los tubos de ensayo. Convencida de lo que cree y de lo que quiere. Herencia de una formación que la enseñó a no tener límites, a llegar hasta donde ella quisiera hacerlo.

“He actuado con mis hijas y con mi hijo igual que como actuaron conmigo, y me siento muy orgullosa. Así que sí, soy feminista”.



Galardonadas con la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana 2021



LA AUTORA MARGARITA CORDERO

Es periodista, ha trabajado en la radio, la televisión y la prensa escrita y digital. Entre otros cargos en el oficio en medios referentes de la comunicación y el periodismo, fue analista política y reportera del periódico El Siglo, directora ejecutiva de la Revista Rumbo, comentarista y entrevistadora del programa informativo Uno+Uno, y directora del digital 7 días.

Premio Caonabo de Oro al Periodismo 2013 y Premio Nacional de Periodismo 2015. Ha escrito los libros Prostitución, esclavitud sexual femenina, en colaboración con Cristina Cavalcanti y Carmen Imbert Brugal, La mujer en los procesos electorales 1986-1990, La comunicación para mujeres en el desarrollo. Informe de investigación, Mujeres de Abril y la novela Nosotras, las de entonces.

Su aporte al proyecto "Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana", es invaluable y contribuye al firme propósito del Ministerio de la Mujer de construir con el acervo de los aportes, en todos los ámbitos de la sociedad, que han hecho las mujeres dominicanas.

